

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1861. — TOMO XVII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

AÑO 20. — N° 440.

SUMARIO.

Diputaciones de aldeas anamitas acudiendo á someterse al almirante Charner; grabado. — Revista española. — Últimas noticias de la Cochinchina; grabados. — Apertura de las Cámaras en Austria; grabados. — Revista de Paris. — Serenata. — A Dolores. — Exposicion de 1861; grabados. — Juana d'Arc. — Recepcion del conde Kalnoky; grabados. — Historia de las modas en Francia desde hace un siglo; grabados. — Cenizas de antiguas llamas. — Revista de la moda. — Monseñor de Mazenod; grabado. — El príncipe de Aueszperg y el baron de Vay; grabados.

Revista española.

Salutacion al mes de mayo. — Cosas que han pasado. — Obras teatrales nuevas. — El que siembra recoge. — La Cruz de los Humeros. — El Corboran. — Una oda á su autor. — El Canapé. — Francisco Pizarro. — El Tanto por ciento. — Efecto que ha producido en la literatura dramática contemporánea. — Lo que hoy debe ser el drama. — Pensamientos escogidos del Tanto por ciento. — Ovacion al señor Ayala. — Corridas de caballos y de toros. — Asociaciones. — Nuevo museo. — Publicaciones recientes. — La fiesta de San Isidro. — Un drama íntimo. — La casa de Hernan Cortés. — Regalo que ha hecho Barcelona al ministro de Hacienda.

Bien vengas, Mayo, si vienes
Con tus auras y tus flores,
Y tus fiestas y tus tardes,
Tan bellas como tus noches.
Capa de los pordioseros,
Tú ensanchas los horizontes
Del que se muere de frio,
Del que ni duerme ni come,
Y allá en diciembre vagaba
Por las calles de la córte,
Mendigando en sus esquinas
La caridad de los hombres.



DIPUTACIONES DE ALDEAS ANAMITAS ACUDIENDO A SOMETERSE AL ALMIRANTE CHARNER. (Véase la página 372).

Bien vengas, Mayo florido,
Tiempo de las diversiones;
Bendígate san Isidro
Nata de los labradores.
Ojalá que los poetas
Mientras tú reines, asombren
Con su inspiración divina,
Y que á nuestra nación honren.
Bien vengas, Mayo, bien vengas
Atizando los amores
Cuya llama es aun mas viva
Que tus días y tus soles.
Bien vengas por mas que traigas
Mucho calor á la corte;
Y haz que el humilde cronista
Satisfaga á sus lectores.

Esto decía yo en los primeros días de mayo, y parece que el mes de las flores se ha complacido en darme gusto, porque durante los últimos treinta días han pasado tantas cosas, que yendo de un lado para otro á caza de impresiones, apuntándolas para ofrecérselas en mi revista de hoy, y saboreándolas, se me ha pasado el tiempo sin sentir.

Los teatros han estado animadísimos, los tribunales han inspirado un verdadero interés dramático, la fiesta de San Isidro nada ha dejado que desear, y además se han publicado bastantes libros, ha habido corridas de caballos, corridas de toros, ejercicios gimnásticos en el Circo de Price; por fin una animación, un movimiento, una fiebre de diversiones, de entusiasmo, que justifica mas y mas lo que os he dicho antes de ahora, que Madrid se despierta de un largo sueño con unas disposiciones privilegiadas para desempeñar su papel de corte.

Os llevaré en primer lugar á los teatros. Oid los títulos de las obras que se han representado.

En el Príncipe: *Francisco Pizarro*, drama de don Antonio Ferrer del Rio; *El tanto por ciento*, drama de don Adelardo Lopez de Ayala. Además se han estrenado las zarzuelas *un Artista*, *El que siembra recoge*, *la Cruz de los Humeros*, *La edad en la boca*, el drama *El Corboran* y las comedias *El canapé*, *Entre primos*, y un *Marido casero*.

El gran acontecimiento teatral, el que ha causado una profunda sensación en el público y en la literatura dramática, ha sido *El tanto por ciento* del señor Ayala. Antes de hablaros de él, os diré algo de las demás obras.

La zarzuela *un Artista* ha vivido solo tres noches. En la tercera murió para siempre.

El que siembra recoge es otra zarzuela cuyo pensamiento moral ha agradado sin admirar. Un soldado vuelve de servir al rey, y se encuentra con que la novia que tenia, se ha arrimado á otro árbol, y la madre de su alma está en el cementerio. La situación es conmovedora; pero como el músico hace cantar al soldado un polo, apenas recibe tan infaustas noticias, el efecto queda completamente destruido. Despues el soldado vuelve á serlo, redimiendo de este modo á otro mozo que debia ocupar el puesto que él quiere para sí, pagando al mismo tiempo á la madre del quinto el amor con que cuidó en sus males á la suya.

La Cruz de los Humeros es una pieza andaluza que tiene alguna gracia, pero que se parece á todas las obras del mismo género, género de literatura que en una época no lejána estuvo muy en boga, pero que ya no lo está, gracias á Dios. Sin embargo, debe dispensarse al autor la presentación de esta obra, porque nada de extraño tiene que siendo hijo de la tierra de María Santísima, haya querido pintar un cuadro de las costumbres del país. Repito que la zarzuela tiene gracia, y mucha mas gracia que la que tiene la zarzuela, descubre la señorita Ramirez, representando en ella una *Soleá* inimitable, que está *chalá* por un *perdío* que no tiene luz, y que se deja dar cada *gofetá* que canta el Credo, y que convida á *límuelos* al *tío Asuquitar*, *pairino de Soleá* (¡bonito lenguaje!) y trinca una *caena* no *der tó farsa*, y se abriga con una capa que pertenece al *Pelao*, que es el *gaché* de Milagros la *ganchara*, etc., etc. Felizmente, *Soleá* concluye por convencerse de que el *perdío* es indigno de su amor, y se decide por el *Pelao*, que segun todas las señas, será tan *perdío* como aquel.

La señorita Ramirez fué justísimamente aplaudida; en esta zarzuela ha dado esta distinguida artista una prueba mas de la flexibilidad de su talento, que tan bien se adapta á las diversas obras que representa. Cuatro caracteres ha representado este año en cuatro obras diferentes, y los cuatro á la perfección. Y los caracteres no pueden ser mas distintos; la niña traviesa de *la Colegiata*, la coquetuela hipocritilla y aviesa de *Llamada y tropa*, el niño soldado de *el Corneta* y la moza de rumbo de *la Cruz de los Humeros*. — La música de esta zarzuela pertenece al barítono del mismo teatro, señor Cresj; es agradable, aunque se nota en ella alguna monotonía; también fué aplaudido este actor en la ejecución de su obra, en la que representa el papel del *perdío*. El señor Becerra es un delicioso *esquilar*, que antes de ir á la *velá*, afila las *cachas*, por si hubiera *algun compromiso*, poder él *sacar la cara*.

El Corboran es un drama disparatado que ha dado mucho que hablar, y que ha aumentado con una palabra el Diccionario de la lengua. En lo sucesivo el *non plus ultra* de lo malo en literatura se llamará *corboránico*. Algo se debe pues al autor de este engendro. Sin embargo el tal, que no ha tenido á bien ocultar su nombre, ha sido festejado con una oda de cuyos últimos versos no quiero privar á mis lectores.

Procaz la ENVIDIA, en iracunda guerra
Con tu talento y tu saber profundo,
De abrojos mil te regará la tierra;
Mas con sonrisa que comprenda el mundo
Dirás, Vilella, á la futura gente:
«¡O vale *El Corboran*, ó el pueblo miente!»

VARIOS AMIGOS.

Los amigos del señor Vilella son, como se ve, enemigos declarados del sentido comun.

Otra obra menos mala que *El Corboran*, pero de su mismo género, es *El canapé*.

Esta comedia ha sido muy elogiada sin embargo. ¿Será que *El canapé* es una comedia buena efectivamente?

Hay varias circunstancias que la indican así. Se estrenó y se aplaudió. Se llamó á la escena á los autores, y los autores salieron.

Los periódicos han confirmado este éxito alabándola. Luego *El canapé* es una obra buena. Pero á pesar de todas estas circunstancias hay una prueba infalible de que *El canapé* es una obra mala: esta prueba es *El canapé* mismo.

Los periódicos dicen que tiene *chistes*. ¿Cuáles son estos chistes?

¿Habrá alguno en estos versos de *El canapé*?

El hambre me da matraca
Y el comer no es desacato.
¡A ver! ponme en ese plato
Un par de libras de vaca.

¿O habrá alguno en estos otros?

¡Qué bien sabe á mis narices!
¡Vaya un olor peregrino!
Contra desengaños, vino;
Contra mujeres, perdices.

Y esta obra tiene su pensamiento. ¡Lástima que yo no sepa cuál es, porque tendria gusto en comunicárselo á mis lectores!

Pero por si acaso es este, ahí va.

Cúmplase, nadie se asombre,
El pensamiento profundo
De que el hombre manda al mundo,
Pero la mujer al hombre.

O tal vez el pensamiento está encerrado en el *canapé*, donde va á sentarse una señora, á tiempo que el mueble se rompe, y como el *canapé* se rompe, no es de extrañar que el pensamiento, encerrado en el *canapé*, se salga del *canapé*. — Lo cierto es que al romperse el *canapé*, dice la señora:

¡Oh! se ha roto el *canapé*;
Pero no me maravi la:
Quise abusar de una silla
Y Dios me ha dejado en pié.

Yo seré un ignorante, pero no hallo en *El canapé* mas fin moral que el que resulta de su rotura; es decir, que solo se ha querido probar que *no se debe abusar de las sillas*.

Pero yo veo que abuso de la paciencia de mis lectores, y para no cansarlos mas abandonaré la paja para ir al grano, como suele decirse; y el grano es en esta ocasión los dramas del señor Ferrer del Rio y del señor Ayala, de los que sea dicho de paso, puede creerse que no son un grano de anís.

El primero, el *Francisco Pizarro* es una obra escrita con suma corrección, aunque pecando de alguna prolijidad de detalles por su índole de drama histórico; abunda en situaciones de importancia y retrata al célebre conquistador tan glorioso en América como en España.

En el segundo acto hay un pensamiento muy bello. Aconseja su esposa al protagonista que perdone á los que pretenden quitarle la vida; y conmovido Pizarro al escuchar este consejo, la dice:

PIZARRO.
¿Qué miel de tus labios mana?
DONA INES.
¡Es la celestial semilla
Que trajisteis de Castilla
Con la religión cristiana!

Tan bello pensamiento, perfectamente interpretado por Teodora Lamadrid, arrancó un aplauso general en la numerosa y escogida concurrencia que llenaba el coliseo del Príncipe.

Sin embargo, ha faltado el autor en cierto modo á la verdad histórica, porque aunque se sabe que Pizarro tuvo hijos, ningún historiador nos habla de su casamiento con doña Ines.

Hablemos ahora del *Tanto por ciento*, drama que como he dicho ha sido un triunfo para su autor, drama que ha sacado de su postración á la literatura dramática española.

Su autor, don Adelardo de Ayala, era ya un poeta distinguido. Su drama *Don Rodrigo Calderon* y su come-

dia *el Tejado de vidrio* le habian colocado en primer término al lado de nuestros autores dramáticos mas en boga; pero su última producción le ha puesto al frente de todos, le ha hecho jefe de una escuela, que impulsando al arte por una nueva senda, por la única posible en la época actual, le ha despertado recordándole sus glorias, y ha dotado á su país de una obra imperecedera, de una de esas obras que marcan un período de esplendor.

Todo Madrid, autores y público, han saludado á una al moderno regenerador de nuestro teatro, y *el Tanto por ciento* durará en escena todo lo que resta de temporada, y se repetirá todos los años.

El drama moderno tal como las necesidades del día le hacian indispensable, necesitaba sorprender el secreto de nuestra sociedad, que oculta mas cuidadosamente bajo el frac sus pasiones y sus vicios, que los antiguos los ocultaban bajo la cota de maila y la coraza de acero.

¿Porqué pues no se habia de escribir el verdadero drama de nuestras costumbres? ¿Es acaso porque no tenemos ya pasiones? ¿Se han acabado los vicios y las virtudes de la humanidad? Se dice que ya no sentimos como en otras épocas; que el amor, la ambición y las demás pasiones no nos arrastran como á nuestros antepasados. ¡Error inaudito! Léanse los periódicos de todos los días, de todos los países, con su lista eterna de vicios horribles y virtudes sublimes; penetremos en el corazón de nuestra sociedad, y tendremos el drama siempre palpitante, siempre con interés, si no tan franco como en los tiempos en que el mote de los caballeros era *Mi Dios y mi dama*, mas profundo que entonces, mas oscurecido á los ojos de la multitud, mas hipócrita, mas filosófico.

El drama existe siempre. Mientras el hombre dé abrigo en su corazón á las mismas pasiones que tuvieron los antiguos; mientras haya enamorados, avaros, ambiciosos, falsos amigos y mujeres infieles, habrá drama y por consiguiente teatro. Si este ha de servir de ejemplo y enseñanza, es preciso que en él vea el público personajes, sentimientos y lenguaje que conozca; medios que él mismo emplee; esperanzas y temores que él mismo abrigue.

Era preciso pues para elevar el teatro á la altura de nuestra época, presentar al hombre de la sociedad actual en su vida íntima, con sus menores detalles, con sus ambiciones positivas, con su sed de oro, con su amor mas positivo todavía, con las necesidades, en fin, de su progreso y de sus adelantos.

Eso es *el Tanto por ciento*.

Lógica en la sucesión de los efectos, verdad y consecuencia en el desarrollo de la acción, natural constancia de los caracteres, interés, *verdad*, en fin: tales son las principales dotes que la enaltecen. Agréguese á esto un sentimiento exquisito y el *lenguaje verdadero* del drama y de la vida, y dígasenos si existe alguna obra, no solo en nuestro teatro, sino en el mismo teatro francés tan decantado, que sea superior á *el Tanto por ciento*.

No resistiré al placer de copiar algunos pensamientos de los que con profusión y prodigalidad hay sembrados en el drama.

En la escena cuarta del acto segundo, al sorprender la condesa á Andrés encerrado en su aposento, y al escuchar las atrevidas palabras de este, le contesta:

CONDESA, con angustia y luego con ira.

Ya me dice mi quebranto
Que á cualquier mujer honrada
Un descuido, una mirada
Cuesta raudales de llanto.

Ya sé tambien por mi mal
Que en las manos del traidor
Libertino, hasta una flor
Se convierte en un puñal;
Que usted creer se permite
Que yo le estimo y halago,
Y es muy natural que en pago
Mi deshonra solicite.
Mas que sepa usted anhelo
Que si esta flor le entregué (*se la arrabata*)
Fué tan sin pensar... que fué
En vez de arrojarla al suelo; (*lo hace*)
Que es mi olvido tan profundo
Que sin ofensa tan clara
Ni siquiera recordara
Que usted existe en el mundo.
Ya mira usted descubierto
Mi desprecio positivo;
Ya no tiene usted motivo
Para deshonrarme ¿es cierto?
Pues salga usted confiado
En que eso... que llama amor,
Solo me inspira el rubor
De habérselo yo inspirado.

Mas tarde, dice Pablo dudando de la virtud de la condesa:

¡Con qué inicua lijereza
Juzgamos á la mujer!
Porque no me tiene amor
¿No ha de tener honradez?

Como pensamiento delicado, recordamos el de la condesa en la escena XIII del mismo acto:

CONDESA.

Sí; hoy le quiere el alma mía,
Mas que nunca le ha querido,
Y es natural; ¡he vivido
Sin amarle todo un día!
A pesar de sus enojos
No habrá podido perder
La costumbre de leer
Mi corazón en los ojos,
Y leerá mi pesadumbre,
La verdad del alma mía,
¡Que no se pierda en un día
Tan agradable costumbre!

En la sublime y dramática escena XVI, que quisiéramos copiar entera, encontramos estos rasgos de primer orden:

PABLO.

¡Sí, concibo que es posible
Dar la muerte á una mujer!

CONDESA.

Mírame, y haz que recobre
Su inquietud la que te adora.

PABLO.

(¡ El otro se fué, y ahora
Se juzga digna de un pobre!)

CONDESA.

¿Qué engaño?

PABLO.

Yo empobrecí
Y usted me olvidó, señora...

CONDESA.

¡ Ah!

PABLO.

Y ahora vuelve... ¡y ahora
Usted no es digna de mí!

CONDESA.

¡ Pablo!... ¡ Ah, qué duro castigo!...
Yo olvidarte... yo ..

PABLO.

¡ Mas quedo!

CONDESA.

No abuses de que hoy no puedo
Incomodarme contigo.
Por Dios, Pablo... no consentas
En la ruindad de esos seres,
Fiscales de las mujeres,
Rebuscadores de afrentas;
Que piensan en su maldad
Cuando nuestra vida esprimen,
Que hasta encontrar algún crimen
No han hallado la verdad.

PABLO.

¡ Allí está!... ¡ no te confunde
Ese lienzo en tu balcon!
¡ Escandaloso pregon
Que tu deshonra difunde!...

CONDESA.

¡ Oye por la Virgen santa!

PABLO.

No te quieras disculpar...
¡ Porque estoy por anudar
Ese lienzo á tu garganta!

CONDESA, arrodillándose.

¡ Por tu madre!...

PABLO.

¡ Calla!

CONDESA.

¡ Advierte!

PABLO.

¡ Suelta!

CONDESA.

¡ Mátame si miento!

PABLO.

¡ Si la muerte es un momento!
¡ Si no es venganza la muerte!

CONDESA.

¡ Escucha!

PABLO.

¡ Mátate yo!

No tiembles. ¡ Quién de eso trata!

CONDESA.

¡ Pablo!

PABLO.

¡ Por celos se mata!

Por tanta vileza... ¡ no!
¡ No quiero yo que tu muerte
Diga á quien no lo ha sabido
Que alguna vez he caído
En la infamia de quererte!...

Nada mas terrible, mas enérgico que el final del acto

segundo. Al ver la condesa la inmovilidad de sus acusadores, prorrumpe en los siguientes apóstrofes:

CONDESA.

¡ Dios mio!
¿ Porqué me matan? ¿ Porqué?
¿ Tú de esta inicua sentencia
El mismo agravio recibes...
¿ Y él aquí? — ¿ Porqué no escribes
En el rostro la inocencia? (pausa)
¿ Y pensais que estos agravios
Me envilecen? ¡ Qué sandez!
¿ Qué?... ¡ la virtud!... la honradez
¿ Dependen de infames labios?
Si soy honrada, aunque vea
El mundo lo que sucede,
El orbe entero no puede
Hacer que yo no lo sea!
Sí; yo me debo quejar
A mí misma, á mí que vengo
A pedirte... lo que tengo,
Lo que ellos no pueden dar.

PABLO.

¡ Callan!

CONDESA.

Míralos atento;
¿ Ves qué aspecto tan sombrío?
¿ Porqué, si el delito es mio,
Es vuestro el remordimiento?

Jamás he presenciado arrebatos igual al que produjo en el público toda la escena citada. Al caer el telon y mientras el público frenético pedía la salida de Ayala, el célebre autor de *Los amantes de Teruel*, aplaudiendo como todos y volviéndose á los que le rodeaban, exclamó: *¡ Calderon ha resucitado!*

Veamos el pensamiento de la obra en el final puesto en boca de la condesa:

PETRA.

¡ Gracias!

CONDESA.

Vivirás en calma
S llegas á comprender
Que ese afán de enriquecer
El cuerpo á costa del alma;
Ese universal veneno
De la conciencia del hombre,
Que nos tapa con el nombre
De negocio tanto cieno!
Codicia que nunca está
Saciada y siempre anhelante,
Si en el hombre es repugnante,
¿ En la mujer qué será?
Ya eres rico. (á Pablo)

PABLO.

Ya no quiero...

CONDESA.

Pues yo me alegro en verdad,
Que á quien tiene caridad
Jamás le estorba el dinero.

PABLO.

Yo de gastarlo respondo,
Mi bien, mirándome en tí.

CONDESA.

¡ Ay Pablo mio! ¡ Este sí
Que es un negocio redondo!

Una y dos y tres y cuatro veces salió el autor á recibir el premio de su trabajo, y las flores que cayeron desde los palcos á la escena demostraron que si es difícil conmover verdaderamente al público, rara vez este deja de premiar lo que realmente vale.

Al terminarse el drama cayó á los piés del autor un ramo de flores y un papel con estos versos:

¿ Quién estas flores te arroja
El alma entera te da;
No serán dignas quizá
De que Ayala las recoja.
Ninguno á tu ingenio iguala,
Que se eleva sobre el sol.
¡ Salva al teatro español,
Y Dios te bendiga, Ayala!

Como se ve, el teatro español está de enhorabuena, y mis lectores me perdonarán que haya sido tan extenso al hablarles de él en mi artículo de hoy.

La sociedad ha empezado á separarse: los que tienen casas de campo se han ido á pasar en ellas los deliciosos días de la primavera; los que no, se preparan á hacer sus acostumbradas excursiones al extranjero y á las provincias del Norte. Sin embargo, en las corridas de caballos ha habido animacion, y por lo demás la Plaza de Toros y el Circo de Caballos están llenos de aficionados siempre que abren sus puertas al público.

En el Prado se ha inaugurado un gran café, en el que se dan conciertos vocales y se sirven helados, todo por la módica suma de tres reales cada persona.

El espíritu de asociacion se desarrolla cada día mas: hoy los artistas tienen una sociedad llamada *Fomento de las artes*, y se trata de crear una *Academia hidrológica*. Por su parte el catedrático de medicina don Vicente Asuero ha reclamado del rector de la universidad una de las galerías desocupadas para destinarla á un museo farmacológico, que será enriquecido con una magnífica coleccion de ejemplares notables que desea regalar á la escuela central.

Se ha publicado el *Poema físico astronómico* de don Gabriel Ciscar, anotado con la biografía del autor, obra muy interesante para los marinos.

Don Modesto Lafuente ha dado á luz cuatro nuevos volúmenes de la *Historia general de España*, en los que comprende el historiador desde el año de 1724 al de 1807; período, si corto en cuanto al tiempo, grande por la importancia que tiene con relacion al estado actual de la nacion española. En los referidos cuatro tomos se contienen la segunda parte del reinado de Felipe V, todo el de Fernando VI, el tan fecundo en grandes acontecimientos y reformas de Carlos III, y el decadente y ruinoso de Carlos IV, esto es, casi toda la historia de la hoy reinante dinastía de Borbon, hasta la grande época de la guerra de la Independencia.

Castelar ha completado sus *Discursos sobre los primeros cinco siglos del cristianismo*, y Selgas va á reunir en un tomo una coleccion de preciosos artículos que ha insertado sucesivamente el *Diario de Barcelona*.

Entre las nuevas publicaciones periódicas merece citarse la revista política y literaria, *Las Antillas*, en la que escriben los jóvenes literatos mas distinguidos. Los artículos que ha dado á luz son suficientes para probar la importancia de esta revista, nacida ayer y ya ventajosamente conocida.

En este mes se ha celebrado la fiesta de San Isidro, patron de Madrid. La semana que sigue al día del Santo es una semana de alborozo para los habitantes de Madrid.

Pero separémonos de estos cuadros risueños que por falta de bastante espacio no os puedo bosquejar, para fijar nuestras miradas en otro tristísimo que el Tribunal de Guerra y Marina ha ofrecido en los primeros quince días de mayo á los curiosos habitantes de Madrid.

Es un drama íntimo del que daré algunos detalles á mis lectores.

Don Fernando Useleti, capitan de marina, sacó depositada á doña Encarnacion Muñoz, á quien amaba y con la que no queria que se casase el tutor de la misma. Hallándose en Aranjuez, confesó la joven á su amante que don Juan José de Tapia la habia violentado, y le pidió que la vengase. Exasperado Useleti con esta confesion, volvió á Madrid con su futura esposa, la dejó en una funda, y fué armado de dos pistolas á casa del señor Tapia, en donde entró, teniendo que esperarle porque no estaba en casa.

Cuando llegó, se escuchó una detonacion en su cuarto, y los que entraron le vieron en el suelo cubierto de sangre. Useleti quedó en poder de la justicia, y se instruyó la correspondiente causa.

Despues ha resultado que la joven no habia sido violentada, sino que el muerto habia tratado de hacerlo. De cualquier modo ha habido crimen, y la vista de esta causa ha excitado un vivísimo interés en Madrid.

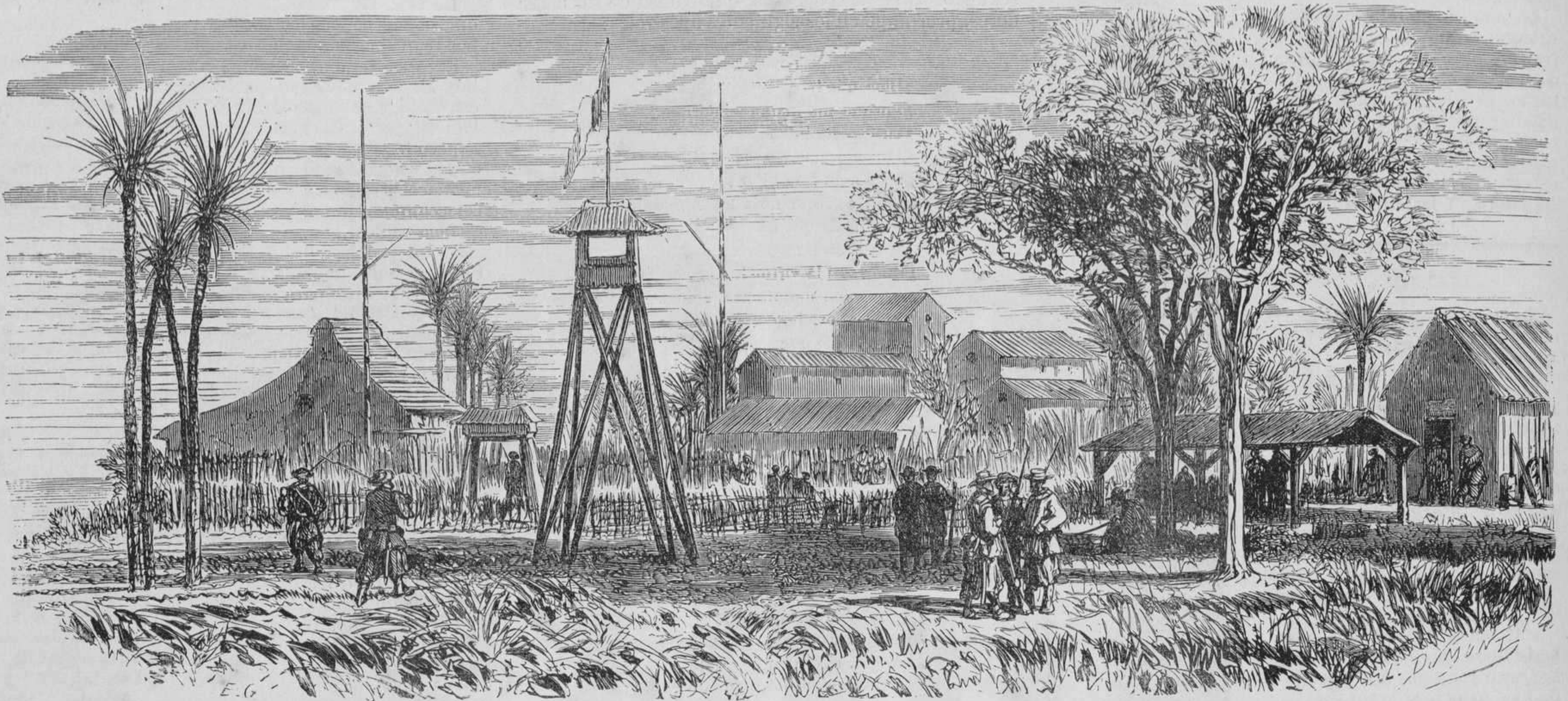
Hé aquí una noticia que no disgustará saber á los lectores americanos. La casa de Hernan Cortés que existe en Castilleja de la Cuesta á una legua de Sevilla, ha sido librada de la destruccion por el señor duque de Montpensier, que la adquirió hace años, que la ha restaurado procurando que no pierda en nada el carácter de la época en que ha sido construida, y que la conserva como una de sus mas preciosas propiedades para gloria del pais y del ilustre conquistador de Méjico.

Para terminar mi artículo de este mes os describiré la magnífica escribanía que la provincia de Barcelona ha regalado al ministro de Hacienda.

Sobre un plano primorosamente cincelado, se ve la dedicatoria en un escudo de oro sostenido por dos genios, en la que se lee sobre esmalte azul en letras doradas: *A don Pedro Salaverria, en 1860*, el tintero, la salvadera, el piston del tímpano, y en su centro un zócalo en el que entre varios adornos se destacan los escudos de Barcelona y de Cataluña, la cruz de San Jorge y la de Santa Eulalia. Rodean este pedestal dos genios y dos matronas simbolizando las artes, la agricultura, la industria y el comercio. Uno de los primeros manifiesta un escrito en el que se lee el mismo lema que hay en la portada del album. — Descansan sobre el pedestal dos matronas simbolizando la ciencia y la lealtad, sentada la una y de pié la otra junto á una columna que corona el busto en oro del distinguido personaje á quien se dedica, cuya fisonomía es el verdadero retrato de dicho señor. En cuatro plumas de oro colocadas en otros tantos tubitos que hay en cada uno de los ángulos del delicado pié rodeado de una especie de barandilla, se leen los nombres de las cuarenta y cinco poblaciones de aquella provincia que han contribuido á la suscripcion de este precioso y digno regalo, destacándose por su posicion y carácter de letra las de Barcelona en la una, Vich en la otra, y Manresa y Sabadell en las dos restantes.

JUAN DE MADRID.

Madrid 31 de mayo de 1861.



FUERTE DE RACH-TRA, OCUPADO EL 28 DE FEBRERO.

Últimas noticias de la Cochinchina.

Los despachos mas recientes que se han recibido de la Cochinchina anuncian un nuevo triunfo de la expedición franco-española. La ciudadela de Mytho ha sido tomada el 12 de abril último por las fuerzas de tierra y de mar que dirigió sobre ese punto el almirante Charner. Este resultado es importantísimo, porque asegura la posesión de las provincias del Sur. Damos en este número la continuación de los dibujos sobre la Cochinchina que hemos publicado en el anterior, remitiendo á nuestros lectores al artículo que acompañaba á la primera serie de estos dibujos copiados del natural en la Cochinchina. X.

Hé aquí lo que leemos en el *Monitor* del 27 de mayo:
« El vicealmirante Charner, jefe de nuestras fuerzas navales en los mares de la China,

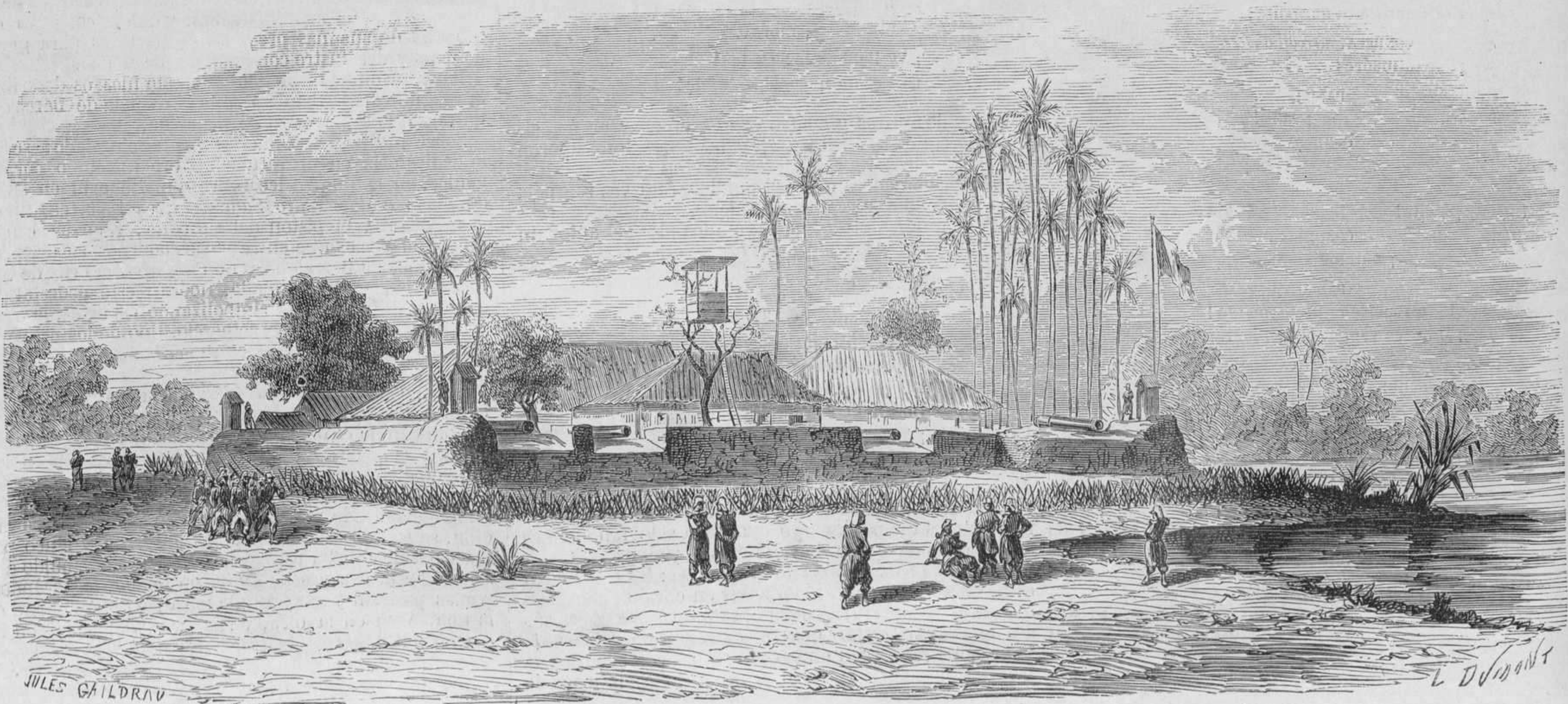


PAGODA DE LAS SIETE CONGREGACIONES; CAMPO DE LOS MARINOS.

había dado parte al ministro de Marina y de las colonias de que estaba preparando una expedición para dirigirse á Mytho y apoderarse á viva fuerza de esta plaza importante, y este general anuncia en una carta con fecha 14 de abril, que acabamos de ocupar dicha ciudad.

Se habían practicado antes algunos reconocimientos por los canales y arroyos que surcan el país, al mismo tiempo que una fuerza naval se dirigía á la entrada del río de Cambodge que el almirante sabía que estaba obstruido por numerosas estacadas. Las tropas de tierra á las órdenes del capitán de navío M. Du Quillo, avanzaron á la ciudad en los días 10 al 13 de abril, y una división de cañoneras, mandada por el contra-almirante Page, cruzó la barra del río y destruyó los obstáculos que lo obstruían.

De este modo se pudo llegar por ambos lados hasta la ciu-



FUERTE LLAMADO PAGODA DE LOS CAMPANARIOS.

dad de Mytho, que ha caído en poder de nuestras tropas.

En una de las acciones que tuvieron lugar, el capitán de fragata Bourdais, segundo jefe de la expedición, fué mortalmente herido en el pecho, hallándole en una de las cañoneras. Ha habido algunas otras pérdidas que lamentar, y era excelente el estado sanitario del cuerpo expedicionario.»

APERTURA

de las Cámaras en Austria.

El 30 de abril se inauguraron en Viena con gran solemnidad las sesiones del Consejo del imperio. El discurso del emperador Francisco José es demasiado importante para que no le insertemos en nuestro periódico á título de documento histórico que debe ser conservado. Dice así:

«Dignos miembros de mi Consejo del imperio:

» Al abrir vuestra primera legislatura, me complace en ver aquí reunidos á los archiduques príncipes de mi casa, á tantos príncipes de la Iglesia y jefes de ilustres familias del imperio, igualmente que á los hombres distinguidos á quienes he llamado á tomar asiento vitaliciamente en la Cámara alta, y en desearles cordialmente la bienvenida.

» Asimismo os deseo cordialmente la bienvenida á vosotros, señores diputados. Todavía siento la grata emoción que me han causado tantos mensajes de reconocimiento como he recibido del seno de las dietas provinciales.

» Esos testimonios de lealtad y de patriotismo me aseguran que puedo consideraros como los mensajeros de un acuerdo saludable para las partes todas y de un porvenir lleno de esperanzas que queremos realizar



APERTURA DE LA CAMARA DE LOS SEÑORES EN VIENA (Austria).

por una confianza recíproca, la justicia y la energía de la acción.

» Tengo la íntima convicción de que instituciones libres, acompañadas del respeto concienzudo y de la ejecución de los principios de la igualdad de derechos de todos los pueblos del imperio, de todos los ciudadanos ante la ley y de la participación de los representantes en los actos legislativos, conducirán á una transformación saludable del conjunto de la monarquía. ¡Bravo, bravo!

» Hé aquí los principios que deben ahora realizarse en el sentido del diploma del 20 de octubre, y de las leyes fundamentales de 26 de enero último con la ayuda de Dios.

» Fija la vista en ese objeto, he procurado establecer el derecho público del Estado sobre la base de la autonomía tan extensa como sea posible de los países, y al mismo tiempo sobre la base de esa unidad que exige el poder necesario del imperio. Bajo los dos aspectos he sancionado la aplicación de las formas constitucionales conocidas á la cooperación de los cuerpos representativos en la legislación. ¡Bravo, bravo! ¡Viva el emperador!

» Quiero conducir esta empresa hácia un desarrollo igual en todas las partes del imperio, en conformidad con los principios de una política franca y liberal y como lo exigen el derecho y la equidad, teniendo en cuenta el pasado de los diversos reinos y países, con igual amor y solicitud hácia cada una de las numerosas y nobles naciones que están reunidas fraternalmente hace siglos bajo el cetro de mi casa. ¡Bravo, bravo!

» Ya las dietas están, no solo arregladas constitucionalmente en la mayor parte de los países, sino también reunidas. No son ya un problema, sino un hecho. En asambleas renovadas por el orden regular se con-



APERTURA DE LA CAMARA DE DIPUTADOS.

solidará mas y mas ese hecho de año en año, porque la mejor y mas segura garantía de una idea es la acción. (¡ Viva! ¡ viva!)

» Así me hablarán los países por boca de sus representantes, y por esa expresion inmediata de sus pensamientos será informado con seguridad de lo que ellos crean saludable, y será posible fundar instituciones útiles y establecer leyes que respondan á las necesidades y á las leyes de los pueblos. (¡ Bravo!)

» Por este año, sin embargo, la obra felizmente principiada de las dietas provinciales no podrá terminarse hasta mas tarde: la necesidad de la solución de cuestiones apremiantes de un interés mas general, que pesa sobre el Consejo del imperio, ha obligado á aplazarlas por el momento.

» El trabajo que nos espera es, á no dudarlo, difícil; pero se trata de hacer ver al mundo que las diferencias políticas nacionales y religiosas que se tocan tan de cerca y se mezclan en el suelo de la monarquía austriaca, no son obstáculos para un acuerdo razonable, tales que no puedan ser separados bajo la influencia mediadora de una civilización avanzada, y con un espíritu de equidad recíproca y de sentimientos conciliadores. (Bravos.)

» Un Estado en que el gobierno considera como un deber proteger cada nacionalidad y hacer prevalecer en las relaciones de derecho y en las de los diversos pueblos del imperio el principio de la tolerancia, no solo ofrece un espacio suficiente para el desarrollo próspero de la vida nacional, sino tambien la garantía mas segura de la independencia de una posición capaz de inspirar el respeto, y de una potencia que satisfecha en lo interior porque descansa en la libertad, no podrá, por otra parte, suscitar inquietudes en lo exterior, porque segun su naturaleza, trata de evitar las excitaciones apasionadas que acompañan ordinariamente á las guerras agresivas. (¡ Bravo, bravo!)

» En mi manifiesto de 20 de octubre de 1860 declaré que confiaba con plena seguridad á la madura sabiduría y al celo patriótico de mis pueblos el desarrollo próspero y la consolidación de las instituciones que he dado ó renovado.

» Estoy convencido de que sabreis dar el ejemplo digno de imitación, de actividad enérgica, y al mismo tiempo del imperio sobre sí mismo que responde á los principios de la tolerancia, y entonces no podreis menos, al fin de la legislatura, de afirmaros por una parte en vuestra posición, y por otra de sentiros honrados por el reconocimiento de vuestro soberano y de la patria. Así obtendreis tambien las simpatías de todos aquellos que en la fundación de un sistema constitucional ven una nueva garantía de la prosperidad y de la fuerza de la patria. (Bravos prolongados.)

» Puedo esperar que la representación de mis reinos de Hungría, Cracovia, Esclavonia y el principado de Servia, recibirá muy pronto una solución satisfactoria en el sentido de mis cartas autógrafas y relativas del 26 de febrero último. (¡ Bravo!)

» Fío, por una parte, en este asunto en la justicia de la causa, y por otra, en la cordura de mis pueblos, que no tardará de seguro en manifestarse libremente, emancipándose de los obstáculos y de las vacilaciones que la embarazan. No frustrarán mi confianza, sino que tan pronto como se hayan convencido de la verdadera situación de las cosas, de la necesidad y de las ventajas de las instituciones que he establecido, la justificarán con hechos. Como en otro tiempo, sostendrán fielmente á su soberano legítimo, y entonces podré ver con satisfacción reunida en derredor de mi trono á la representación de toda la monarquía. (Bravos entusiastas.)

» Espero que podremos gozar sin obstáculo de las bendiciones de la paz.

» La Europa sabe que la necesita para descansar de las agitaciones de los últimos años, ponerse de nuevo en equilibrio y poder consagrar todas sus fuerzas á las mejoras necesarias en el interior.

» La universalidad bien fundada de ese sentimiento impone á las potencias la obligación de no exponer á peligro alguno el bien precioso de la paz.

» El Austria reconoce la solidaridad de ese deber, y está convencida de que otras potencias la reconocen igualmente.

» Podremos así consagrarnos con tanto mas éxito á los trabajos que tienden á fundar de un modo estable un nuevo período de prosperidad, aumentando toda especie de actividad en el terreno de los intereses morales y materiales, desarrollando la producción agrícola, la industria y el comercio.

» Mi ministerio os someterá el proyecto de presupuestos para el año próximo, y vereis que los esfuerzos del gobierno para establecer el equilibrio de los gastos y de los ingresos ordinarios del Estado proseguirán sin interrupción.

» Ese objeto, al cual nos dirigimos con perseverancia, no ha podido hasta ahora ser obtenido á causa de las circunstancias; pero la próxima realización de la autonomía de los dos países, de los círculos, distritos y pueblos, y luego la disminución de los gastos del ejército, fundarán el restablecimiento del equilibrio del presupuesto del imperio en general en un porvenir que no estará muy lejano. (¡ Bravo!)

» Teniendo mi gobierno la intención de introducir modificaciones apetecibles en algunos ramos de la administración de los impuestos, se os someterán los proyectos concernientes á ellas. Al mismo tiempo se os comunicará el resultado de la administración rentística de 1860 y la justificación de las medidas de hacienda tomadas por urgencia sin el asentimiento del Consejo del imperio.

» Recomiendo á vuestro ilustrado exámen las proposiciones que tienen por objeto arreglar las relaciones entre el Estado y el Banco nacional, y sobre todo asegurar la independencia de este. Otros asuntos importantes que vuelven á la competencia, ya del Consejo general, ya del Consejo restringido del imperio, fijaran vuestra atención y serán objeto de vuestras profundas deliberaciones; he dado orden para que se os sometan los proyectos relativos á ellos.

» Los períodos de la historia en que es dado á los pueblos marchar adelante por sendas ya labradas, se ven interrumpidos de tiempo en tiempo en el curso de los siglos por crisis decisivas.

» No hemos tenido la suerte de vivir en una época pacífica y serena. La misión que nos ha cabido por los decretos de la Providencia consiste en dirigir ventajosamente los destinos de la patria á través de la mas difícil de las crisis. No se consuman semejantes obras sin esfuerzos y sin una perseverancia varonil, sin hacer el sacrificio de bienes y de sangre; pero es preciso que sean llevadas á cabo. (Bravos entusiastas.)

» Vosotros, señores, querreis seguramente auxiliarme con esa antigua fidelidad austriaca, esa abnegación, esa adhesión que se ha manifestado siempre en todos los pueblos de mi imperio, como prueba de sus nobles sentimientos, de la manera mas brillante, precisamente en las circunstancias mas difíciles. (Vivas.)

» Mis fieles pueblos han expresado en términos enérgicos, en los mensajes que me han dirigido últimamente, la idea de que las condiciones de la unión de todos los países de mi imperio deben ser mantenidas. (¡ Bravo!)

» Reconozco como deber mio de soberano que he aceptado, en presencia de todos mis pueblos, y que me ha sido eficazmente confirmado por todas esas manifestaciones en el sentido de las ideas expresadas en el diploma de 20 de octubre de 1860 y realizadas en las leyes fundamentales de 26 de febrero, el proteger con mi poder imperial la Constitución unitaria como el fundamento de mi imperio uno é indivisible, fiel al juramento prestado en la hora solemne, y estoy firmemente resuelto á rechazar todo conato que pueda considerarse como un ataque á la integridad de la monarquía y á los derechos de todos mis pueblos y países. (Bravos y vivas prolongados.)

» Y así como no dejaremos de cooperar á la obra con todas nuestras fuerzas, quiera Dios bendecir su principio y su terminación y proteger con su omnipotencia á la corona y al imperio, á los pueblos y á sus representantes. (Vivas entusiastas y prolongados.)

Revista de París.

Este año se ignora completamente el itinerario de los viajes de verano de la corte imperial. Por el pronto SS. MM. marcharon á principios de la semana última á Fontainebleau, sin que se sepa cuál será la época de su traslación á otro punto. Entre tanto, se van á comenzar inmediatamente las grandes obras interiores y exteriores que están proyectadas hace tiempo en el palacio de Tullerías; y como es de creer que los trabajos no estarán concluidos para el día de su regreso á París por mucho que se prolongue la ausencia veraniega, los emperadores habitarán el hermoso palacio del Eliseo en el faubourg Saint-Honoré, que con este motivo están habilitando en el día. El antiguo palacio de Tullerías no podia menos de sufrir la ley común; cuando casi todo el viejo París desaparece dejando el puesto á una nueva y magnífica ciudad moderna que no tendrá rival en el mundo, la morada de la augusta persona que ha ideado y sabe realizar una transformación tan completa, debia armonizarse en grandiosidad y opulencia con el nuevo aspecto que toma esta población actualmente.

Tambien adelantan los preliminares de la construcción del gran teatro de la Opera Francesa. Ya saben nuestros lectores que el jurado compuesto de arquitectos distinguidos, pertenecientes á la Academia, y de miembros del consejo general de las construcciones civiles, bajo la presidencia del conde Walewski, ministro de Estado, al desaprobar los proyectos presentados en el primer concurso, manifestó el deseo de que se celebrara un nuevo concurso entre los autores de los cinco proyectos que se reconocieron superiores á los demás, y que por tal razon merecieron una recompensa.

En vista de este deseo, el presidente encargó á los cinco arquitectos recompensados que trazaran nuevos planos en mayor escala, y una vez ejecutados y examinados estos, el jurado ha elegido por unanimidad el proyecto de M. Charles Garnier.

«El trabajo de este arquitecto, dice el informe publicado por el *Monitor*, reúne, á juicio del jurado, cualidades raras y superiores en la acertada distribución de los planos, en el aspecto característico y monumental de las fachadas. — Antiguo pensionado de la Academia de Francia en Roma, M. Garnier que se recomendaba ya por sus triunfos académicos y sus excelentes estudios de los monumentos de la Italia y de Grecia, ha adquirido conocimientos prácticos que le permiten llenar con distinción la gloriosa tarea que le está confiada. La ejecución de su proyecto promete un teatro de Opera digno de París y de la Francia.»

Las obras van á principiarse inmediatamente, y no dudamos que gracias á la celeridad inusitada que se observa hoy en París en las construcciones, el edificio se dará por terminado en un plazo muy breve.

Hace algun tiempo señalamos á nuestros lectores una excelente traducción francesa de Shakspeare que entonces comentaba á publicar en París M. François Victor Hugo. En el día la obra está adelantada, y en esta semana ha venido á

nuestras manos el tomo octavo que contiene: *les deux Gentilshommes de Verone, le Marchand de Venise y Comme il vous plaira.*

El traductor ha intitulado este volumen *los Amigos*, y le ha dado á luz con una introducción que recuerda elocuentemente cuán grande fué la influencia que la amistad ejerció en el carácter de Shakspeare.

«¡ Oh! exclama el poeta en uno de sus célebres sonetos; ¡ quiera Dios que nunca por mi parte haya obstáculos á la unión de nuestras fieles almas! No es amistad aquella que cambia cuando ve un cambio. No; la amistad es un fanal permanente que domina las tempestades sin que ellas le oscurezcan; es la estrella resplandeciente para toda barca errante, cuyo servicio desconoce aun aquel que la consulta. La amistad es inmutable hasta el día del juicio. Si mi vida desmiente jamás lo que digo aquí, nunca he tenido amigos.»

«¿ Quién ha de extrañar, dice M. François Victor Hugo, que Shakspeare haya dado tanto en sus dramas al sentimiento que tanto le habia conmovido, que con tanta elocuencia le habia inspirado? Cuando Shakspeare quiere ennoblecer una figura y acabarla, la amistad es el rasgo augusto que la añade. La simpatía de que siempre despoja á los malvados, la prodiga á los buenos. El amigo que niega á los Ricardo III y á los Macbeth, le concede al Moro de Venecia, al príncipe de Dinamarca. Hace de Cassio el cómplice directo de los amores de Otelo y de Desdemona, y este afecto antiguo es el argumento que la veneciana hace valer en favor del desgraciado con una insistencia fatal. A Romeo le da Mercurio por hermano de armas, y tan poderosa viene á ser esta fraternidad, que en el momento decisivo impone silencio aun al amor, y hace matar por el marido de Julieta al primo de Julieta. Pone á Horatio por confidente de Hamlet, y reconcilia al estudiante con el príncipe por medio de una inalterable ternura. Hamlet tan duro y en apariencia tan ingrato con Ofelia, conserva hasta el último extremo su predilección por Horatio; sin cesar le lleva «en el corazón de su corazón»; le confía su secreto que solo Dios sabe, y este compañerismo es tan duradero, tan obstinado, tan encarnizado en lo eterno, que Horatio se mataría con Hamlet si no recibiera del moribundo la orden de vivir.»

«De este modo, continúa el traductor, despues de haber recordado la amistad de Beatriz y de Hero, de Paulina y de Hermiona, de Emilia y de Desdemona, la amistad es en Shakspeare una devoción hasta la muerte. No hay sacrificio que la niegue; su abnegación llega hasta el suicidio, su desinterés hasta el martirio. — Los ejemplos que he citado han probado ya qué inmenso imperio ejerce sobre el alma humana. La demostración habria podido detenerse aquí; pero el poeta no la encontró bastante concluyente. Grande y todo como es, la parte dada hasta ahora á la amistad en su teatro no le parece bastante. Era poco que una pasión tan noble hubiese animado ciertos episodios y se hubiese encarnado en ciertas figuras secundarias; se necesitaba que ella tambien tuviese su drama especial como el amor habia tenido el suyo; se necesitaba que á su vez comunicara la acción á los principales personajes, que se hiciera un resorte esencial del argumento, y que manifestara su fuerza en una sucesión de símbolos. — Estos símbolos son las tres piezas reunidas en este tomo.»

Nos hemos dejado arrastrar en esta cita que habíamos pensado limitar á pocas palabras, no tanto por dar á conocer la opinión del traductor sobre el volumen que ve la luz pública, como por hacer resaltar la intención del gran dramaturgo inglés al escribir las famosas comedias que contiene. M. François Victor Hugo ha comprendido y expresado perfectamente cuánto influa en las producciones de Shakspeare ese afecto recíproco llamado amistad, y cómo impregnado é inspirado de él ha dejado á la posteridad obras maestras.

El Palacio de la Industria, que como saben nuestros lectores encierra en la actualidad una Exposición artística, está muy frecuentado por los parisienses. La parte baja de este vasto edificio es un fresco jardín donde los concurrentes descansan algunos ratos de la larga tarea de examinar lienzos y estatuas, hablando de las obras expuestas, y sobre todo de sus autores; la vida privada de un artista ha sido siempre en París objeto de una curiosidad suma. A propósito de un pintor muy conocido y cuyo nombre debemos callar en esta ocasión, oímos contar dias pasados en la Exposición la siguiente anécdota:

Este artista, dotado de una audacia igual si no superior á su talento, trata á sus acreedores (bastante numerosos dice la crónica), y á sus criados que debe cambiar á menudo porque las pagas no andan corrientes, con un desenfado y un desden dignos de un señorón de los tiempos antiguos.

Uno de estos criados apeló en tan duro trance para él, á un expediente bastante ingenioso para cobrarse lo que el amo le negaba.

El pintor vivia por aquella época en un bonito hotel de los Campos Eliseos; y como las reclamaciones mas enojosas que eficaces de sus acreedores le obligaran á emprender un viaje, confió la guarda de su vivienda á su criado Juan, y se marchó sin decir una palabra, á los Pirineos.

Juan apreciaba como es debido la confianza de su amo; pero sin embargo, habria preferido algun dinerillo sobre la suma bastante crecida que le adeudaba.

Viendo que se prolongaba la ausencia del artista, y no prometiéndose gran cosa de su regreso, se decidió á liquidar por sí y ante sí una posición que se hacia intolerable, sobre todo cuando muy á menudo tenía que apaciguar á aquellos que le tomaban por cómplice de un hombre de quien era en realidad tan víctima como ellos.

Se fué á ver con un asentista encargado de sacar los carros de materiales procedentes de las demoliciones de París, y convino con él en recibir cierta cantidad de carretadas de escombros, por cada una de las cuales le pagaria un precio determinado.

El trato se ejecutó con toda exactitud.

A medida que llegaban los carros, Juan hacia arrojar su contenido en el patio del hotel y se embolsaba el precio de esta hospitalidad.

Sin embargo, habiéndose propuesto no traspasar los límites

de la honradez, se detuvo en cuanto la suma recibida llegó á la cifra de sus salarios atrasados. Recogió sus chismes, cerró la puerta, entregó la llave á un vecino, y se fué á probar fortuna á otra parte.

Cuando el artista volvió de los Pirineos no encontró á su criado; pero como hallara el patio de su hotel colmado de escombros hasta el primer piso, debió pagar mas de lo que le habria costado ponerse al corriente con su servidor, por desembarazarse de aquella mercancía tan incómoda como inesperada.

Esto habria debido inculcarle la necesidad de pagar sus deudas; pero el que contaba estos pormenores, añadia que en este punto el pintor es hombre incorregible.

La anécdota nos recuerda otra mas peregrina aun; se trata de un músico.

Este Rossini en ciernes, que todavia no ha escrito su primera ópera, se encontraba como el pintor, atacado de día y de noche por sus acreedores.

Menos dichoso que él, no podía alejarse por el camino de hierro, y lo único que hacia era mudarse á los barrios mas extraviados de Paris, sin que esto pudiera libertarle por mucho tiempo de sus tenaces enemigos.

Una tarde que se paseaba hacia los Inválidos distingue en una esquina á un mendigo anciano que tendia su platillo á los transeuntes pidiendo limosna con dolorosos gemidos.

— Pobre hombre, le dijo el músico, ¿está Vd. contento con el puesto que ocupa en esta calle?

— ¡Oh! No, señor; deseo cambiar hace mucho tiempo, pero no puedo lograrlo.

— ¿Y á dónde quiere Vd. ir?

— A un barrio concurrido, sea cual fuere.

— Vaya, pues yo tengo amigos, y por su mediación quizá lo conseguiremos.

— ¡Ay! cuántas gracias deberia á usted.

— ¿Qué gana Vd. aquí cada día?

— No llega á dos francos.

— Pues yo le ofrezco á Vd. dos francos y medio diarios mientras se consigue la licencia para cambiar de sitio.

— ¿Y qué tengo yo que hacer para ganarlos?

— Una cosa muy cómoda; instalarse en mi casa al lado de una buena lumbre y estar allí todo el día.

— ¿Nada mas?

— Nada mas; pero eso sí, tosiendo y sobre todo gimiendo mucho, y con tanto dolor como en esta esquina.

— ¡Oh! No tenga Vd. cuidado, es bien fácil.

Y cerrando el trato, el compositor se lleva al mendigo, le viste y le da posesion de su casa.

El mismo día un zapatero irascible se presenta con la cuenta en la mano:

— ¿Cuándo me paga Vd.?

— ¡Silencio! ¡Silencio, por Dios! exclama el músico pegándose al oido del zapatero; tengo aquí un pariente millonario que ha venido á morir en mis brazos... yo soy su único heredero... tenga Vd. paciencia, que es cosa de unos días.

Los acreedores acuden como las moscas á un panal de miel; el mendigo tose y se queja; el compositor repite la misma cantilena, y todo el que la oye se suaviza.

Mas aun; los acreedores le devuelven su estimacion, y por consiguiente su crédito. De leones se vuelven corderos y le dicen:

— Tome Vd., tome Vd. á manos llenas, que ya lo arreglaremos todo cuando muera el tío.

El mendigo que conoce la importancia de su papel, pide aumento de sueldo.

Dos noticias para concluir esta revista.

Se asegura que M. Thiers se niega á tomar los 20,000 francos que le han sido acordados por la Academia, y que así lo hará público en una carta dirigida á la docta corporacion y escrita para darla gracias y someterla sus ideas en cuanto al empleo de la suma.

La última noticia es que la célebre madama Viardot ha sido ajustada en el teatro de la Grande Opera, para cantar el *Alceste* de Gluck, produccion que se considera la obra maestra de este famoso compositor. M. Berlioz dirige los estudios de la ópera, y M. Auber que la ha oido en su juventud, cuidará de los ensayos. Parece ser que se cantará tal cual la escribió el autor, y que no se escaseará nada de cuanto pueda contribuir al triunfo que de su ejecucion se promete la empresa de este teatro.

MARIANO URRABIETA.

Serenata.

Si duermes, dulce niña,
Guárdete el sueño
El ángel mas hermoso
Que haya en el cielo;
Mas si no duermes,
Quiera Dios que mis cantos
A tu alma lleguen.

Al rayo de la aurora
Se abren las flores
Y á la luz de los ojos
Los corazones:
Dos que se quieren,
Al mirarse suspiran,
Y es que se encienden.

¿Porqué, pálida niña,
Con aire esquivo
Bajas los ojos siempre

Que yo te miro?
¿Es que no puedo
Ni aun por toda esperanza
Mirarme en ellos?

A los ardientes rayos
Que el sol derrama,
Trémula en ondas leves
Se enciende el agua:
Brilla serena,
Para que el sol que nace
Se mire en ella.

Tú en cuya faz la mano
De amor dibuja
Las tiernas emociones
De un alma pura,
¿Porqué, amor mio,
Bajas los ojos siempre
Que yo te miro?

Adios: si duermes, dulce
Guarde tu sueño
El ángel mas hermoso
Que hay en el cielo.
Si me oyes... niña,
Mañana dí á tus ojos
Que me lo digan.

José SELGAS.

A Dolores.

¿Recuerdas la mañana del estío
En que la aurora iluminando el suelo
Empapaba las flores con rocío,
Imprimia á las aves raudo vuelo?

Por entre rocas y árboles gigantes
Aparecer te vi sublime y pura,
Con tus cabellos negros y flotantes,
Y tu sencilla y blanca vestidura.

Pasaste por mi lado y con sonrisa
Melancólica y triste «adios» dijiste;
Adios que trasmitió la fresca brisa
Haciendo revivir á un alma triste.

Acababas de orar y tu semblante
Resignacion divina respiraba;
Tu extrema palidez, tersa y brillante,
A un ángel desterrado te hermanaba.

¡Tú sufrías, Dolores!... Vi en tu alma
El dolor y te amé, porque la mia
No pudiera encontrar de amor la palma
En bellas que rebosan de alegría.

Necesitaba un ser, puro dechado
Que siempre la esperanza me infundiera;
Necesitaba un ser, que bautizado
Con lágrimas, las mias comprendiera.

Que al agitarse el pecho fuertemente
Su mano cariñosa le aplacara,
Y que al arder mi acalorada frente,
Un beso de su amor la refrescara.

Beso que aliente el corazón cansado,
Reverdeciendo sus marchitas flores...
Las pobres se hallan mustias, porque el hado
Ha tiempo no les dió brisa de amores.

Yo pensaba que muertas ya se hallaban
Al soplo de furiosos vendabales;
Pero al mirarlas tú su tallo alzaban
Derramando perfumes celestiales.

Mujer angelical, haz que bendito
Sea el amor que inunda el alma mia;
A pesar de la duda en que me agito
Soy capaz aun de amar con fe muy pia.

Para cruzar el mundanal desierto
Se necesita un corazón hermano...
Vén, vén, hermana, y al divino puerto
Rumbo haremos asidos de la mano.

Si al andar por los ásperos abrojos
El cansancio y la sed me dan tristura,
Yo beberé en la fuente de tus ojos
El sublime licor de un alma pura.

Si el sol te abrasa y el mirar te asombra
Que no hay un árbol con sus verdes galas,
El árbol de mi amor te dará sombra,
Mi corazón te llevará en sus alas.

Nuestras almas en tierno lazo unidas
Dulce hará esta vida transitoria;
Que formando una vida con dos vidas
Pueden los hombres remedar la gloria.

Si tú sientes cual yo, mi pensamiento
Solo tú llenarás, mujer hermosa;
Pero si tú no sientes cual yo siento,
Olvida este delirio y sé dichosa.

Y el pobre que ama se verá entre tanto
Resignado á sufrir... porque delira.
Y por dicha tendrá... verter el llanto
Al compás de las cuerdas de su lira.

VICENTE GREUS.

Exposicion de 1861.

M. GEROME: *Los dos Agoreros*. — Un proverbio francés dice «que jamás han podido mirarse á la cara sin reirse dos agoreros.» Este es el epigrafe del bonito cuadro de M. Gerome. ¿Es el proverbio tan antiguo como los agoreros, ó es un dicho improvisado posteriormente? Lo ignoramos; pero lo cierto es que M. Gerome le ha tomado al pie de la letra, y nos ha pintado dos augures, dos verdaderos augures romanos.

Estos dos adivinos se encuentran entre bastidores, ó mejor dicho, en el aposento de los actores, donde se rien como se debian reir en aquel tiempo los agoreros cuando se miraban á solas. Los tipos son perfectos, los trajes de una verdad incontestable, y todos los accesorios demuestran ese profundo conocimiento de las costumbres y las particularidades de la vida antigua de que el autor ha dado muchas veces irrecusables pruebas.

Las aves sagradas están encerradas en jaulas de bronce y de granito que exhalan un verdadero perfume de antigüedad. Considerando ese cuadro en su conjunto y en sus detalles, se pregunta uno si no ha sido pintado por algun volteriano del tiempo de Augusto ó de Justiniano, y encontrado últimamente en las excavaciones de Herculano y de Pompeya.

Por fortuna para M. Gerome cierta gallina profética revela cierto parentesco cochinchino que restituye fatalmente á la obra su origen moderno, y nos obliga á felicitar á M. Gerome por la pequeña obra maestra que ha expuesto.

M. BELLANGÉ: *Los dos Amigos*. — Una trinchera delante de Sebastopol. Dos jóvenes oficiales dándose la mano, el uno rubio y el otro moreno, han caido en el campo del honor heridos del mismo golpe. Otros dos oficiales encargados de la inspeccion de muertos van á inscribir el nombre de los valientes que llorará la patria. Tienen en la mano una cinta, una carta, sin duda alguna prenda de amor, un billete de despedida firmado con un nombre de mujer y regado con lágrimas. Dos zuavos se disponen á recoger los cadáveres. El que está sentado sobre la camilla fuma estóicamente; ha visto la muerte demasiado á menudo y demasiado cerca para que pueda causarle la mayor impresion. El otro contempla tristemente este doloroso cuadro.

En lontananza los soldados de entrambos ejércitos recogen sus muertos.

El corazón se oprime á la vista de este drama silencioso que M. Bellangé ha pintado con toda su alma.

El epigrafe se compone de estos dos versos:

Et tels avaient vécu les deux jeunes amis,
Tels on les retrouvait dans les trépas unis.

(Y como habian vivido los dos jóvenes amigos, — así los encontrarou unidos en la muerte.)

Y mas abajo: *Histórico*.

En efecto, este doloroso letrero es una verídica historia: dos familias desconsoladas podrian poner los nombres que faltan en el cuadro.

Nacieron el mismo día en dos familias amigas, y pasaron juntos sus años juveniles. Bautizados el mismo día, hicieron su primera comunión el mismo día, salieron del colegio el mismo día, entraron á la vez en Saint-Cyr, fueron nombrados subtenientes con la misma fecha y en el mismo regimiento, y partieron á bordo del mismo buque para ir á ingresar en las filas en Crimea. Acabaron de desembarcar y pidieron al coronel que les enviase á la trinchera.

— Esperareis vuestro turno, respondió el coronel.

— Somos soldados frescos, y esto aliviara á nuestros compañeros; hacednos el favor de enviarnos á la pelea.

Y partieron muy confiados y alegres; iban á combatir por el honor de la patria, iban á recibir el bautismo del fuego.

Pero ¡ay! no debian volver de la trinchera. El mismo rayo de sol los habia visto nacer, la misma sonrisa los habia acogido en el umbral de la vida, la misma bala de cañon los mató á los dos y cayeron asidos de las manos.

M. BAUDRY: *Carlota Corday*. — Marat muerto en su baño está considerado como uno de los mejores cuadros de David. Esta obra maestra pertenece en el día al príncipe Napoleon. David, amigo de Marat, al saber el asesinato de este, corrió al punto; nadie se habia atrevido á tocar al cadáver, y el artista se sobrecogió con tan horroroso espectáculo. Buscando en torno suyo, recoge un pedazo de papel y dibuja con mano trémula el bosquejo que mas tarde debia ser un cuadro. Ese pedazo de

papel manchado de sangre era la carta de Carlota Corday pidiendo una audiencia al redactor del *Amigo del pueblo*. Parece ser que un coleccionista posee aun el apunte de David dibujado á la espalda de la carta de Carlota Corday y manchado con sangre de Marat: es un precioso autógrafo.

El Marat de M. Baudry recuerda un poco el de David; pero aquí la escena es mas dramática: el puñal se ha quedado en el pecho de Marat, la sangre salta de la herida, y la víctima se retuerce en las últimas convulsiones de la agonía.

El cuadro ha sido inspirado por estas líneas de M. Mi-

chelet (*las Mujeres de la revolucion*): «Sacó de debajo de su pañuelo el puñal, y le hundió entero hasta el mango en el pecho de Marat. «A mí, querida amiga.» Es todo lo que pudo decir y espiró. Al oír el grito acuden y distinguen cerca de la ventana á Carlota en pié y como petrificada.»

La actitud de Carlota inmóvil, con los ojos extraviados, el puño crispado y la boca contraída, corresponde perfectamente á la descripción de M. Michelet. Una vez cometido el crimen, la culpable no parece tener entera conciencia de su accion, y sin embargo, su rostro revela toda la energía de su alma y la excitación de su espíritu.



LOS DOS AMIGOS (Sebastopol 1855), por M. Bellangé.



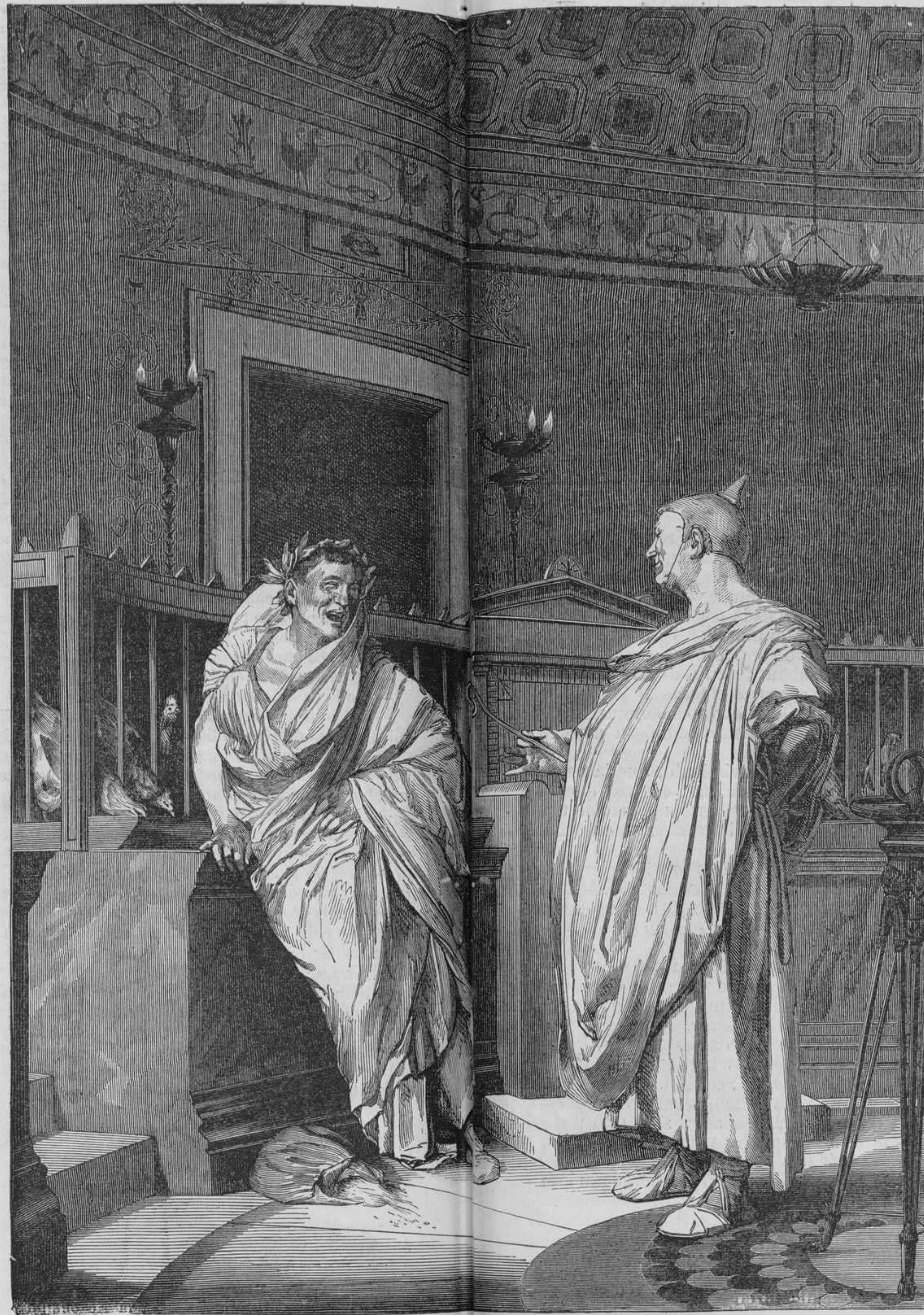
CARLOTA CORDAY, por M. Baudry.

Esta terrible escena, impregnada de un sentimiento indefinible, cautiva y hace estremecer al que la contempla. Es el asesinato en todo su horror, y sin embargo, el conjunto del cuadro conserva esa grandeza y esa majestad que el verdadero talento imprime á las obras de arte bien concebidas y bien ejecutadas.

M. FELIPE ROUSSEAU: *Música de cámara*. — El cuadro de M. Rousseau distrae un poco. Es de advertir que desde hace algun tiempo la «música de cámara» está muy á la moda en Paris, como lo estaba á fines del siglo XVIII. Designan generalmente con este nombre los pequeños conciertos intimos en donde se ejecutan tercetos y cuartetos de música clásica. Es muy del gusto actual el no dar una soirée un poco completa sin música de cámara.

El mono de M. Rousseau ha querido hacer como las personas de tono y seguir la moda. Tambien se entrega á la música de cámara. Su cuaderno está al revés, y el tunante pega con todas sus fuerzas en un bombo que no es de esperar resista mucho tiempo.

El dibujo da una idea de esta



LOS DOS AGOREROS por M. Gerome.



RECOLECCION DE REMOLACHAS EN LA GRANJA IMPERIAL DE GRIGNON (efecto de mañana), por M. Van Marcke.

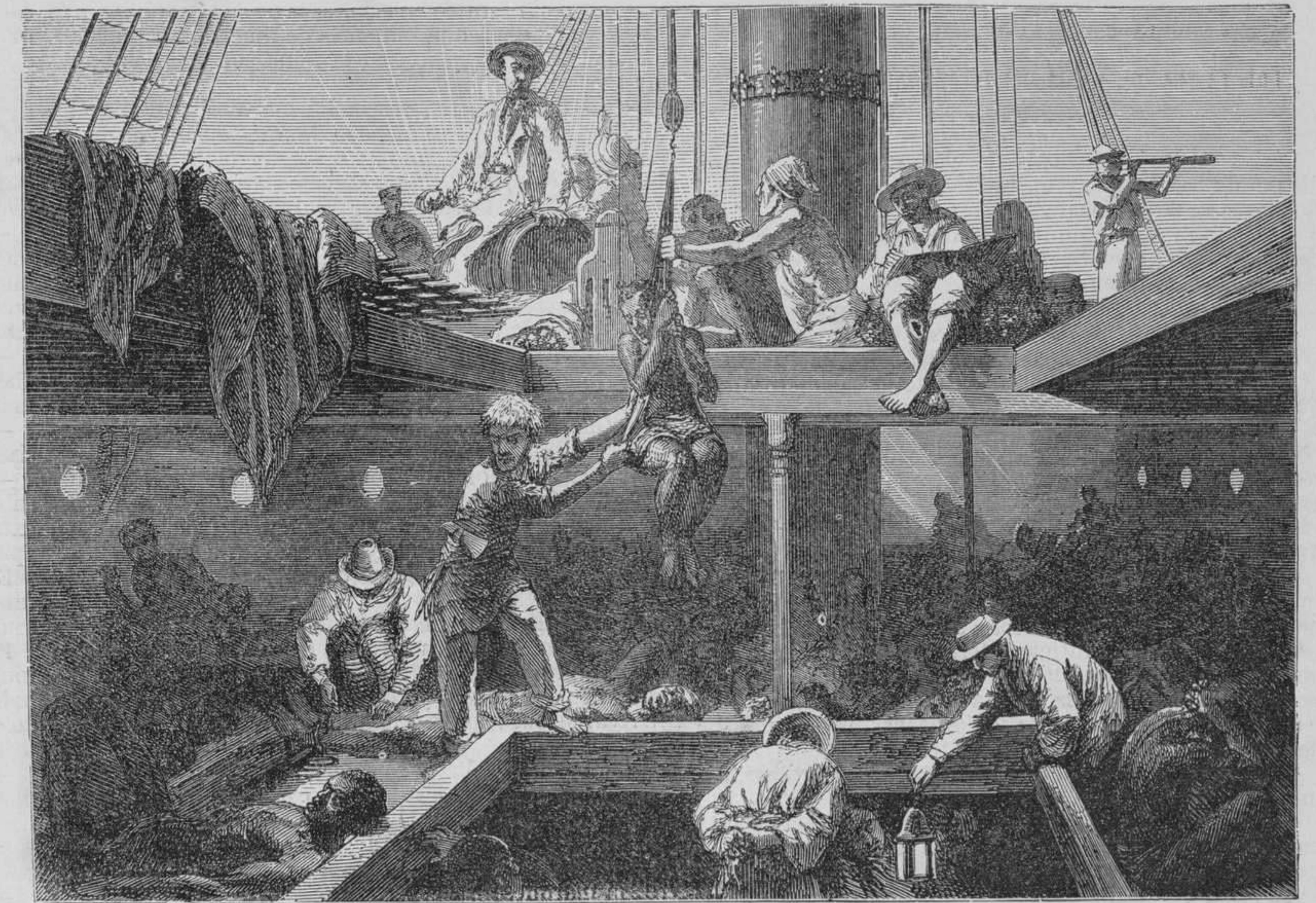
graciosa composición; pero es preciso ver el cuadro para apreciar el efecto de esta famosa caricatura. Todo lo que podríamos decir en su favor no aumentaría en nada la reputación del artista ni como pintor ni como hombre de talento.

M. BIARD: *Embarco de esclavos á bordo de un negrero en la costa de Africa*. — Hace veinte y cinco ó treinta años M. Biard hacia reír á todo Paris. La *Guardia nacional de las afueras*, su *Tambor mayor*, etc., obtuvieron el éxito mas ruidoso. Siempre que se citaba á M. Biard la conversacion tomaba un giro alegre. Así M. Biard tuvo una reputación extraordinaria despues de 1830.

Pero lo que no se sabia antes de 1855, es que el inteligente artista era tambien un intrépido viajero. Sus obras boreales copiadas del natural en la proximidad del polo norte, revelaron en él un hombre enteramente nuevo.

Hoy M. Biard llega de la América del Sur donde ha pasado cuatro ó cinco años, y su talento ha adquirido un carácter mas formal aun, sin perder ninguna de las cualidades pintorescas que le hicieron admirar en otro tiempo.

Sus cuadros tienen cierta oportunidad, pues nos dan á conocer *de visu* los tratamientos que reciben los negros. Nuestro dibujo reproduce uno de sus cuadros, y es aquel que figura el embarque á bordo de un negrero. — Con



EMBARCO DE ESCLAVOS Á BORDO DE UN NEGRERO, por M. Biard.

este ha presentado otros dos que se titulan *la Venta de esclavos* y *la Caza de esclavos fugitivos*.

M. VAN MARCKE: *Recoleccion de remolachas en la granja imperial de Grignon: efecto de mañana*. — M. Van Marcke es un alumno de M. Troyon, alumno que seguramente honra al maestro.

La recolección de remolachas se ha concluido ya, y el carro cargado de raíces marcha pausadamente hácia la granja. Un escritor agrícola podria decir sobre este punto que la remolacha está destinada á producir una revolucion en la agricultura, porque es á la vez una planta que limpia la tierra, una planta industrial que da azúcar y aguardiente, y por último, un forraje que alimenta muy bien al ganado y suministra el estiércol necesario para fertilizar la tierra. Pero mi misión no es explicar esto, y sin extenderme mas en la materia, entraré en mi asunto.

Lo que mas llama la atención en este cuadro, donde la remolacha es un pretexto de primer término, es el efecto de mañana que el grabado no alcanza á demostrar como



MUSICA DE CAMARA, por M. Rousseau.

la pintura, de un modo completo. El pintor ha expresado maravillosamente este efecto, que trae á la memoria un cuadro magnífico de M. Troyon presentado en la Exposición universal de 1855: bueyes vistos de cara, con el hocico humeante, en medio de una ladera en la bruma, en el momento en que el sol aparece radiante en el horizonte.

Creo que es el mayor elogio que se pueda hacer al alumno de M. Troyon. A. M.

JUANA D'ARC

LA DONGELLA DE ORLEANS.

POR LA SRA. D^a. MARIA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

(Continuacion.)

Cárlos VII tocó un silbato de plata que llevaba pendiente de la cintura, y aparecieron algunos escuderos que sacaron de la cámara al infortunado caballero.

— Que venga sire de Riviere, dijo María á los servidores, en tanto que el rey volvía á tomar la sonata que silbaba de la nota en que la habia dejado.

Un momento despues apareció el caballero.

— ¿Teneis noticias de Ruan, messire, preguntó la reina tomándole una mano con una fuerza convulsiva.

— Sí, señora, respondió con tristeza el caballero que ya habia sido un fiel servidor de Cárlos VI.

— ¿Y qué hay?

— Mañana tendrá lugar el suplicio de Juana d'Arc, contestó sire de la Riviere, cuyos ojos se llenaron de lágrimas.

— ¿Le han dado tormento los ingleses? tornó á preguntar el rey.

— No, señor, contestó con amargura sire de la Riviere: se ha creído, y con razon, que podía perecer en él, pues está muy débil y enferma: se la pasó sin embargo, para que sufriese el último interrogatorio, á la sala de las torturas; y dijo con la serenidad de un ángel, que si la daban tormento y la fuerza del dolor le arrancaba otra confesion de las que ya tenia hechas, seria nula y de ningun valor.

— Con esta respuesta quedaba concluido el proceso, á mi parecer, dijo el rey.

— Tiene razon V. A.; se dió por concluido; pero Juana ha recusado, por no conocerlos, á todos cuantos han hecho de acusadores suyos; y no pudiendo tampoco hacerse prueba de testigos en el dicho proceso, ha resultado este ilegal en todas sus partes.

— ¡Oh! ¡pero entonces no han podido condenarla! ¿Es imposible! exclamó la reina.

— ¡Ah! señora, ¿sabe por ventura V. A. lo que son esos jueces negros? exclamó sire de la Riviere con indignacion: han querido dar á este inicuo proceso al menos las apariencias de la realidad, y han sometido á la desdichada al acto de reconocimiento de la culpa y de abjuracion.

— ¿Luego hay culpa? preguntó el rey deteniéndose en su paseo y mirando al caballero con estupidez.

Peró este no quiso dar muestras de haber oido aquella pregunta, y continuó dirigiéndose á María:

— La desdichada niña, enferma, agarrada, y en presencia de Pedro Cauchon y de sus vicarios, de muchos prelados ingleses y de un pueblo inmenso y furioso, oyendo á cada instante la amenaza de arrojarla á las llamas, y viendo al verdugo preparado para la ejecucion, ratificó con heroica constancia la verdad de sus revelaciones: uno de los doctores ingleses, protestante acérrimo, se empeñó en hacerla perder su dignidad y calma, y le dijo:

«— Juana, contigo hablo: tu rey es hereje y cismático.»

«— Yo os respondo, señor,» contestó Juana, «y sostendré á costa de mi vida, que mi rey es el cristiano mas noble de todos los cristianos, y no es nada de eso que decís (1).»

— ¿Oís, señor? exclamó María asiendo á su esposo por el brazo. ¡Ah! ¡no sería mas noble que mandáseis prender fuego á las murallas de Ruan para salvar á Juana que dejarla perecer?

Cárlos VII no respondió, y sire de la Riviere continuó su triste narracion.

— Insistieron los prelados ingleses en que Juana se adhiciese á los capítulos de acusacion de sus jueces, y no sabiendo la desdichada lo que se le pedia, suplicó por el amor de Dios, le diesen una persona que la aconsejara.

Nombrósele pues un asesor, quien aseguró que para no ser quemada, infaliblemente debia referirse á los juicios de la Iglesia: la pobre niña dijo que haria lo que él quisiese; y lloraba de tal manera, amedrentada y temblorosa, que apenas podia hablar. Entonces el secretario le leyó un modelo de abjuracion que contenia sencillamente la promesa de no volver á tomar las armas, dejarse crecer el cabello y usar el traje de mujer.

Despues de escuchar atentamente exclamó:

— ¡Ah! ¡os doy mil gracias por mandarme esto, señores, pues así podré volver al lado de mis padres, que es lo que mas deseo en el mundo!

— ¡Desgraciada niña! exclamó la reina.

— Juana, prosiguió sire de la Riviere enjugando una lágrima que brotaba de sus ojos; Juana puso sobre el modelo de abjuracion una cruz, pues no sabia escribir, y todas cuantas cartas habia enviado á los ingleses las habia escrito su hermano Nicolás; pero no bien habia

estampado el signo de la redencion, le sustituyeron otra cédula en la cual se reconocia «hereje, cismático, idólatra, sedicioso, hechicero, sacrilego, impostor é impúdica por haber fingido revelaciones absurdas, haberse vestido de hombre, armarse y mezclarse entre los soldados contra la decencia y decoro de su sexo:» añadia «reconocerse relapsa y confesaba haber tenido comercio con los demonios.»

Juana no supo lo que habia firmado la segunda vez; pero al ver á Pedro de Cauchon ponerse en pié; al oírle leer la sentencia por la cual se la condenaba á pasar el resto de su vida en la cárcel reducida *al pan de dolor y al agua de angustias*, vió de qué modo la habian vendido, y cayó sin sentido en los brazos de sus guardias.

— Pero de eso á una sentencia de muerte, va mucha diferencia, messire, exclamó la reina con alegría: aun hay esperanza.

— Ninguna, señora, respondió melancólicamente el caballero: cuanto llevo dicho lo he presenciado yo: hace dos dias que he llegado de Ruan; pero antes de salir de aquella ciudad he oído á Cauchon arengar al pueblo desde el balcon de su palacio, terminando su discurso con estas palabras: «Ingleses, estamos á 26 de mayo. Yo os prometo que el día 30 asistiréis al suplicio de Juana d'Arc.»

— ¿Pero creéis que podrá cumplir tan inicua promesa? preguntó la reina con angustia.

— Messire de Cauchon cumple cuanto promete, como lo que prometa sea malo, dijo sire de la Riviere meciedo tristemente la cabeza.

— ¿Oís, señor? exclamó María dirigiéndose á su esposo.

— ¿Qué he de oír? preguntó Cárlos VII volviéndose muy irritado.

— Que esa mujer, que os ha dado el trono, parece mañana á manos de los ingleses, que nada haceis para salvarla, que sois tan ingrato como cruel...

— ¡Eh, basta ya! interrumpió Cárlos VII con el gesto imperioso que habia heredado de su madre, y que hubiera sido sublime en un rostro menos marchito y degradado que el suyo: ¡basta, señora! no vale esa villana lo que hemos hablado ya de ella; pero supuesto que os interesa, idos á vuestra cámara á rezar por el descanso de su alma.

Las lágrimas de María se secaron como por encanto á impulsos de un sentimiento de su orgullo herido; alzó una cortina y desapareció sin saludar al rey.

— Messire, dijo este á la Riviere: mandad disponer mi caballo y mi servidumbre para ir al castillo de Penthievre; la marquesa me espera á comer.

— ¡Ah, pobre Juana! murmuró el caballero; ¡solo Dios te puede prestar su ayuda! ¡Pero es su bondad tan grande, que para cuando todo nos abandona en la tierra, nos guarda su amor, fuente de todo consuelo!

XIX.

Era el día 30 de mayo de 1430.

Las diez daban en todos los relojes de las iglesias de Reims, córte entonces y residencia de Cárlos VII desde su coronacion, llevada á cabo por Juana d'Arc algunos meses antes.

El palacio real estaba cerrado y silencioso como un sepulcro.

Cárlos VII se hallaba con la marquesa de Penthievre, y la reina se habia encerrado en su oratorio desde muy temprano para rogar por el alma de la heroina de la Francia, de aquella á quien debió su título de reina y la corona que ceñia sus sienas.

Muy distinto aspecto presentaba la ciudad de Ruan, que aun pertenecía á los ingleses.

Sus calles, llenas de gentes que se agitaban en tumultuosas ondas, estaban cruzadas sin cesar por patrullas de soldados que mantenian á duras penas el órden.

Los balcones estaban tapizados y adornados de flores como para una fiesta; y en la plaza del Mercado antiguo se alzaban dos tablados cubiertos de luto y rodeados de guardias.

En el uno, y sentados bajo un dosel, estaban el cardenal de Winchester-Luxemburgo, canceller de Francia y obispo de Turena, el obispo de Beauvais Nicolás Midy, y los demás jueces.

En el otro se veia una hoguera dispuesta, y junto á ella el verdugo y sus ayudantes preparados para encenderla.

Esperaban á Juana d'Arc, condenada al último suplicio, según promesa al pueblo de Pedro de Cauchon.

¿Cómo despues de haberla sentenciado á pasar el resto de su vida en una prision, se la destinaba ahora á la pena de muerte?

Esto es lo que sabrá el lector llegando conmigo á la puerta de la cárcel, cerrada aun, pero junto á la cual tenia lugar una escena de luto y desolacion.

Dos jóvenes del pueblo, envueltos en largos capotones de lana basta y cuyas facciones velaban sombreros de anchas alas, hablaban con calor, pero en voz baja, á algunos soldados de la guardia exterior.

Por sus ademanes llenos de fuego, por el color azulado de su barba recién afeitada y por su aire marcial y atrevido hubiera conocido el observador menos perspicaz que aquellos hombres no eran lo que querian aparecer, y que mas bien que pacíficos labradores, eran soldados, y soldados aguerridos ocultos bajo un disfraz.

A pocos pasos de distancia otro hombre anciano, acompañado de una mujer de menos edad y que temblaba á intervalos convulsivamente, miraba con ansia indescriptible la escena de que he hablado.

Apoyábase la pobre mujer en el brazo de su compañero, como si el dolor que se pintaba en su semblante la agobiase hasta el extremo de no permitirle sostenerse por sí misma: miraba de vez en cuando á los jóvenes que altercaban con los guardias, y á cada movimiento negativo de estos últimos un torrente de lágrimas invadía sus ojos y brotaba despues regando sus megillas socavadas por el dolor.

— Señores, decia el que parecía de mas edad de los dos jóvenes; solo pedimos verla un instante, darle un abrazo y nos salimos al momento.

— Es imposible, joven, respondió un soldado de cabellos grises, que era justamente el que habia dado á Juana su pañuelo cuando cayó herida: es imposible que entreis: nosotros respondemos de esta puerta; pero aun cuando se os franquease, mas adentro hay otras que no os darian paso.

— ¡Oh, señor! exclamó el mas joven cruzando las manos con una expresion de ruego que conmovia en su austera figura: ¡oh, señor! ¡Si pasamos esta, rogaremos tanto en cada una de las otras que se nos abrirán tambien!

— ¡Pobre muchacho! exclamó otro soldado joven, acercándose llevado de esa simpatía, lazo hermoso que une á la juventud: ¡pobre muchacho! ¿Sois acaso su novio? Porque dicen que esa terrible guerra ha sido antes una linda pastorcilla.

— ¿Esa terrible guerrera? repuso otro de los guardias: hay quien dice, maese Oliverio, que jamás ha matado un enemigo por su mano.

— Es verdad, añadió un tercero: yo la he visto muchas veces defenderse; pero nada mas.

— Y aun eso, señores, dijo uno de los dos que suplicaban para entrar, y aun eso lo hacia cuando sus éxtasis y visiones la sacaban de su natural cándido y apacible. ¡Ah, si hubiera querido creernos!

El mancebo, despues de esta exclamacion que le arrancó su intenso y angustioso dolor, ocultó su moreno semblante entre sus manos.

Fué tan desconsolador este movimiento, que la pobre mujer, que se apoyaba en el anciano, conoció que se habia perdido toda esperanza y lanzó un gemido tan doloroso, tan desgarrador, que hizo volver la cabeza á todos los circunstantes.

— ¡Ah, madre mia, pobre madre mia! exclamó el mas joven de los dos disfrazados volviéndose hácia el triste grupo que formaban el anciano y su compañera.

Esta se habia dejado caer casi sin sentido en los brazos de la sostenian.

— Vamos claros, jóvenes, dijo el soldado de los cabellos grises: vosotros no sois lo que parecis: si no sois meramente unos curiosos, habládme con franqueza y procuraré hacer algo en vuestro favor.

— Pues bien, señor, dijo el otro arrastrado por la esperanza: nosotros somos los dos hermanos de Juana d'Arc: nuestros padres están allí, continuó señalando á la triste pareja; y unos y otros hemos venido con la esperanza de poder darle el último adios: ¿es esto pedir mucho cuando la vamos á perder para siempre, á ella que era nuestra alegría?

— No, en verdad, contestó el veterano enjugándose una lágrima; ¡no, pobres jóvenes! mas... ¡esperad!... ¿No érais soldados del rey de Francia? He oido decir que peleábais siempre al lado de vuestra hermana, aunque para su desgracia la hallamos sola y abandonada á las puertas de Compiègne: ¿porqué os separásteis de su lado? Solo al completo abandono en que quedó debimos el hacerla prisionera.

— ¡Ay, señor! exclamó Gaspar, que era el mas joven de los dos hermanos; Juana misma nos dijo que penetráramos en la ciudad para conducir á las tropas que llegaban en nuestro auxilio y evitar la confusion; pero los infames que combatian con ella nos siguieron y cerraron las puertas llevados de su terror, sin esperar á que pasase tambien nuestra pobre hermana... Cuando vimos que no se hallaba entre ellos, salimos al instante... pero ya habia caído en vuestro poder...

— Llamad al señor de Vendoma, Oliverio, dijo el veterano; algo hay que hacer por estas pobres gentes; pero ahora que me acuerdo; ¿cómo os hallais aquí siendo soldados de Cárlos VII?

Cárlos VII quiso hacer tiempo hacernos nobles y caballeros y trocar nuestro honrado apellido por otro mas ilustre; pero nosotros rehusamos uno y otro; y cuando vimos que dejaba seguir su curso al proceso de Juana, fuimos á su presencia y rompimos nuestras espadas á sus piés.

— ¿Y á quién vais á servir ahora? ¿Porqué no os venis con nosotros?

— ¡Servir á la nacion infame que ha sentenciado á Juana comprando su vida por diez mil francos! exclamó Nicolás: ¡nunca!

— Y para huir de la Francia, que la ha vendido, nos iremos á servir á la Alemania, añadió Gaspar.

La llegada de Leonelo de Vendoma cortó aquí el coloquio de los hermanos de Juana con los soldados.

Al ver al capitán, al contemplar su dulce y sentimental fisonomía, Santiago é Isabel se aproximaron tambien con el objeto de unir sus ruegos á los de sus hijos.

— ¿Qué me quieres, mi bravo veterano? preguntó el señor de Vendoma al viejo y compasivo soldado.

— Messire, contestó este, ved aquí á los hermanos y á los padres de Juana d'Arc, que piden darla el último abrazo. ¿Quién podrá negarse á su deseo?

La hermosa frente de Leonelo se cubrió de una nube de dolor: luego alargó sus manos al anciano Santiago y á su hijo Nicolás, y dijo con voz alterada:

— Perdonadme, buenas gentes: al negaros esta gra-

(1) Diccionario de mujeres célebres de Canseco.

cia sufro yo mucho más que vosotros; pero no está en mis atribuciones el concedérsela.

Un gemido de Isabel cortó la palabra al capitán: la pobre madre iba á echarse á los piés de Leonelo; pero este hizo un ademán tan digno y severo, que Isabel se contuvo y alzó los ojos al cielo, comprendiendo que en la tierra no había ya esperanza para ella.

— Señora, continuó Leonelo quitándose su ferrado casco y hablando descubierto á aquellas gentes que eran unos pobres villanos, pero que estaban ennoblecidos por la desgracia, eterna reguladora de las gerarquías humanas: señora, mi corazón se angustia al quitaros vuestra última esperanza; pero al fin de que veais no está en mi mano el concederlos lo que pedís, os diré que no han otorgado á vuestra hija ni siquiera un sacerdote que la consuele: sin embargo, añadió con amargura, quizá culpo sin motivo á sus jueces, porque aun no está condenada á muerte.

— ¡Ah, señor! ¿qué decís? exclamó Isabel: ¿luego aun hay esperanza?

Leonelo meció tristemente la cabeza.

— No sé lo que se fragua ahí dentro, dijo señalando á la sombría puerta que había vuelto á cerrarse después de darle paso: no sé lo que habrán hecho ya: solo os aseguro que el espíritu de Juana d'Arc volará antes que el sol desaparezca hacia el seno de Dios.

Toda aquella familia sin ventura dobló las frentes y prorumpió en sollozos: el capitán continuó:

— Quedad aquí, amigos míos; es todo lo que os puedo conceder: os creerán del número de tantos curiosos que esperan para ver encender la hoguera; mas por vuestro bien, os ruego que no griteis ni hagais demostraciones de dolor: si el pueblo conociera que sois los padres y los hermanos de la doncella de Orleans, os despedazaría. Dentro de esos muros tiene lugar una sacrilega farsa... deben haber desempeñado ya mas de la mitad... al desenlace, saldrá vuestra hija para la hoguera.

Leonelo de Vendoma enjugó sus ojos con el dorso de su blanca mano: saludó con una muda inclinación á la familia d'Arc, y volviendo á cubrir su cabeza con su guerrero casco, entró en la cárcel, cuya puerta se cerró tras él.

XX.

Volvamos ahora á la prision de Juana, ó mas bien entremos por la primera y última vez en el oscuro y horrible calabozo en que la habían sepultado después de haberla pasado por la sala del tormento en su último interrogatorio.

Era un aposento subterráneo sin mueble alguno; un poco de paja, casi mojada por la humedad, servía de cama á la pobre mártir, que desde algunos días después de su prision sufría una fiebre nerviosa que no la abandonaba un instante.

Sobre aquella paja y clavada en la pared había una argolla de hierro, y á ella estaba sujeta Juana por medio de una cadena delgada, pero muy fuerte, que la rodeaba el cuello.

Un poco distante se veía un pilar de piedra, y en él otra argolla de hierro con otra cadena muy gruesa que ataba á Juana por la cintura.

Esta última cadena se la aflojaban por la noche para que pudiese dormir sobre la paja.

No había ventanas en el calabozo: solo una lámpara de hierro pequeña, mohosa y pendiente del techo, alumbraba débilmente aquel tenebroso sitio.

De vez en cuando dos enormes ratas pasaban junto á la prisionera dando chillidos y persiguiéndose con encarnizamiento; ó algun murciélago volaba azotando las paredes de la prision, pues era tan escasa la luz de la lámpara que no bastaba á ahuyentarle de allí.

Retrocederemos algunas horas en la acción de esta historia, mi amada lectora, y entraremos, al rayar la luz del alba, en la prision de Juana, el día mismo que toda la ciudad de Ruan esperaba el espectáculo de su muerte, á pesar de habérsela sentenciado cuatro días antes á pasar su vida en una prision.

Aquellos cuatro días los había empleado el obispo Pedro de Cauchon discutiendo de qué modo podía cumplir la palabra que había dado á los ingleses: esto es, de qué modo podría matar á Juana d'Arc revistiendo su muerte con las apariencias de la legalidad.

Halló por fin, y Juana notó los primeros efectos de su horrible sagacidad al despertar al amanecer el día 30 de mayo y hallarse casi desnuda en su calabozo.

Llamó al carcelero con voz débil, pues estaba mucho peor á causa de la humedad del suelo, que por falta de ropa había traspasado su cuerpo.

— ¿Qué queréis? le preguntó el carcelero abriendo la puerta.

— Ante todo, señor, respondió la pobre mártir con dulce y apagado acento; ante todo, que me aflojéis esta cadena que han apretado á mi cuerpo tan bárbaramente; y luego que me digais por qué motivo me hallo solo con mi túnica interior.

— En cuanto á aflojaros la cadena, os daré gusto, respondió el carcelero; pero no sucede lo mismo con vuestra segunda petición: os habreis desnudado vos medio dormida.

— Pero ¿dónde está mi ropa? exclamó la doncella, que ya en pié y vestida con una túnica de lino que la cubría del cuello á los piés, parecía el ángel del dolor: ya sabeis, señor, que ha cuatro días que volví á tomar mi traje de mujer por mandato del tribunal, y que no me he despojado de mis vestidos de pastora por temor de que me matase la humedad del suelo, tan débil y enferma como estoy.

— ¿Sentiríais, por ventura, morir? preguntó el carcelero, que á su pesar se interesaba por aquella amable y dulce criatura.

— No, señor, contestó la doncella; pero la vida es de Dios, y debemos conservarla hasta que se digne disponer de ella.

— Pues bien, niña, repuso el carcelero que no pudo contener su llanto: niña mia, sois una santa, y no puedo ocultaros la verdad.

— ¿Qué queréis decir?

— Anoche me mandaron que os echase un narcótico en el agua: cuando estuvisteis profundamente dormida, os desnudaron de vuestro traje que se llevaron, dejándoos en su lugar el de guerrera.

— ¡Ay, Dios mio! exclamó Juana llorando y cruzando sus brazos sobre la abertura de su túnica á través de la cual se descubría su seno virginal: ¡ay, santo Dios! Pero si he prometido á mis jueces no servirme ya jamás en mi vida de ese traje marcial.

— Es verdad, hija mia; y ahí fuera hay gentes ocultas acechando como lobos carnívoros el instante en que os le vistais para volver á llevaros ante los jueces y acusaros de relapsa y pertinaz.

— ¿Cómo! ¿qué decís? exclamó Juana, cuyo pálido y enflaquecido rostro se cubrió de carmin: ¿hay gentes viéndome... así... casi desnuda?...

— Sí, sí, hija mia.

— ¿Y dónde? Esta prision no tiene ventanas ni mas puertas que la de entrada...

— ¿Y no veis en esa puerta algunos agujeros muy pequeños?

— ¡Ah! ¡Dadme, dadme, señor, ese traje! dijo Juana con precipitación: vos hubierais sido bueno y humano... hubierais apagado esa lámpara por vos solo... además, sois anciano, y me parecía al veros á mi buen padre... ¡pero esas gentes que me miran me infunden horror!... ¡Dadme mi traje de guerra!

— ¡Pero, infeliz! ¡Os perdeís! El tribunal está reunido y espera este instante con ansia!

— ¡Hágase la voluntad de Dios!

— Allí hay testigos y un escribano que dará testimonio al instante de lo que llaman un crimen.

— ¿Qué remedio nos queda, señor? repuso Juana con acento de dulce conformidad: no he de comprar la vida á costa de mi pudor: además, ¿cómo he de resistir el horrible frío de este calabozo! podría soportarle algunas horas á lo mas, pero ya que mi suerte es morir, sabré hacerlo sin cobardía y sin baja.

Al acabar de pronunciar estas palabras acabó tambien de vestirse, y apenas se había pasado un cuarto de hora llamaron con fuertes golpes á la puerta del calabozo.

— Juana d'Arc, dijo la voz bronca de un ugiar luego que el carcelero hubo abierto, seguidnos á la presencia de vuestros jueces.

— Estoy pronta, dijo Juana con nobleza.

Y los siguió á la sala donde estaba constituido el tribunal.

— Juana, dijo el conde Wervich levantándose con un aire que quería hacer majestuoso y que era cruel y brutal; tus jueces te condenan por haber faltado á tus promesas, por haber vuelto á vestir el traje guerrero, por relapsa é incorregible, á ser entregada al brazo seglar. Son las ocho de la mañana: se te conceden tres horas para hacer oración, y á las doce serás arrojada á las llamas.

A pesar de toda su fortaleza, Juana contaba aun diez y nueve años y se puso á temblar; pero bajó la cabeza humildemente y siguió á sus guardias que la condujeron á un aposento donde dos caritativas mujeres le pusieron un traje de mujer, de lana negra.

Después la llevaron á la capilla, donde ya la esperaban dos religiosos dominicos para auxiliarla.

Dos horas y media pasó en oración: durante ellas confesó, comulgó y oyó misa con la mayor devoción y con bastante tranquilidad.

— ¿Qué teneis, hija mia? le preguntó uno de los religiosos, al ver deslizarse por sus pálidas mejillas algunas lágrimas: ¿qué os aflige? deberíais estar muy alegre para agradecer al Señor el que tan joven y pura os lleve á su lado.

Juana no respondió: los sollozos hinchaban su pecho.

— Miradnos como á vuestros padres, mi querida niña, añadió el otro religioso rodeando con su brazo el flexible y gracioso tallo de Juana: ¿deseais algo? decidlo con franqueza, que haremos cuanto dispongais.

— ¡Mis padres!... ¡ay!... ¡mis pobres padres y mis hermanos que... muero sin verlos!... exclamó la desgraciada redoblando su llanto.

— ¿Quién sabe, hija mia? Quizá vendrán; tal vez los hallareis en vuestro último camino.

Juana guardó silencio durante algunos instantes: luego se levantó, extendió sus brazos hacia las ventanas de la capilla, y exclamó entre sollozos:

— ¡Ah, Ruan, Ruan!... ¿Con que tú eres mi última morada?

La pobre criatura sentía dejar una vida que apenas había empezado á vislumbrar.

Calmóse por fin aquel parasismo de dolor y volvió á ponerse en oración: mas apenas la había empezado, entró el verdugo á ponerle una coraza en que había esta inscripción:

Por hereje, relapsa, apóstata é idólatra.

La desdichada oyó casi al instante una señal de corneta y comprendió que había llegado la hora.

— Animo, hija mia, dijo uno de los religiosos ayudándola á levantar y sosteniéndola por la derecha, pues estaba tan débil que apenas podía andar.

— El cielo se abre para vos, añadió el otro: luego,

volviéndose con majestad á los agentes de justicia, añadió:

— La víctima está pronta; vamos.

La comitiva se puso en marcha. Iba primero el clero protestante de Ruan con cirios encendidos.

Seguía la heroína con paso firme y marchando sola: de cuando en cuando y al verla vacilar, uno de los religiosos la sostenía suavemente por la espalda.

El otro sacerdote tenía cuidado de enjugar con su pañuelo el helado sudor de la congoja que corría por su frente, y después frotaba sus sienes con una esponja empapada en un revulsivo tan violento, que el semblante de Juana recobraba casi al instante la serenidad y la alegría.

Juana iba fuertemente atada.

Detrás de ella marchaba una escolta de 120 hombres armados.

— Dios es bueno, grande y todo misericordioso, decía uno de los dos sacerdotes: yo lo veo, hija mia, que os sonríe y os llama desde el cielo.

— Cuando todo nos falta en la tierra, añadió el otro religioso, al pasar el umbral de la puerta, es un consuelo inefable el pensar en el Padre amoroso que murió entre tormentos por salvarnos. ¡El solo nos ve y comprende nuestro dolor!

Juana, reanimada por estas sublimes palabras, alzó los ojos al cielo.

De repente un grito desgarrador se los hizo bajar á la tierra.

— ¡Hija! exclamó una mujer estrechando contra su pecho á la doncella.

— ¡Madre! respondió esta con una alegría que tenía mucho de delirante; y tendiendo una mirada en derredor suyo añadió:

— ¡Padre mio!... ¡Hermanos de mi alma!... ¡Ah! ¡Bendito sea Dios!

Juana se vió abrazada por toda su familia, y la alegría y la calma se posesionaron de su hermoso rostro para no volverle á abandonar.

XXI.

La fúnebre comitiva se detuvo, respetando todos los que la componían el postrer adios que la desventurada, destinada á la hoguera, iba á dar á su familia.

— ¿Cuándo habeis llegado, padres míos? preguntó Juana, cuyo espíritu se hallaba mas libre y sereno desde que vió que podía dar á su familia la última despedida.

— Esta mañana, respondió su madre que no había cesado aun de estrecharla entre sus brazos: en la aldea se supo pronto la noticia de tu prision; tu padre marchó á Reims y le dijeron ser cierta, pero en vano te siguió á las tres prisiones que has ocupado en el breve espacio de un mes: en ninguna pudo verte, y solo tuvo el consuelo de saber que iba á serte perdonada la vida y que la pasarías en una cárcel: ¡oh! como él decía, ¡mas valía esto que perderte del todo! Pero hace algunos días que el temor y la zozobra no nos dejan un instante de reposo, y emprendimos la marcha hacia Ruan: al llegar hallamos á tus hermanos, quienes nos dijeron, hace cuatro días, que había ofrecido el obispo de Cauchon al pueblo de Ruan que hoy perecerías en la hoguera!... ¡Oh, hija mia!... Nosotros creíamos venir á darte un abrazo antes de que te pusieran en el calabozo en que habías de pasar tu vida, según la primera sentencia... ¡Veníamos tu padre y yo á pedir á los jueces la gracia de encerrarnos contigo!... ¡Y tendremos que asistir á tu suplicio!... ¡A tu muerte!...

Los sollozos ahogaron la voz de la triste Isabel.

Juana se volvió á sus hermanos y exclamó con admiración dolorosa:

— ¿Cómo! ¿Habeis dejado el servicio de nuestro rey?

— ¡Sí! contestó Gaspar: ¡hemos arrojado á sus piés nuestras espadas hechas pedazos!

— ¡Oh, Dios mio! dijo la doncella alzando al cielo sus ojos llenos de lágrimas: ¡porqué no me habeis dejado morir sin hacerme probar este dolor!

— ¿Querías, por ventura, que siguiéramos defendiendo al rey cobarde que ha consentido en que te venda el duque de Borgoña á la Inglaterra?

— ¿Qué dices? preguntó Isabel asiéndose con lívido semblante al brazo de su hijo.

— Dice, añadió Nicolás, que el obispo Cauchon ha comprado por diez mil francos al duque de Borgoña el derecho de sentenciar á mi hermana.

Escapáronse un sordo gemido del pecho de Santiago d'Arc y un ahogado sollozo de los labios de Isabel.

— Madre... ¡paciencia! dijo Juana con adorable mansedumbre. Dios fué vendido tambien, y él es quien me espera allá arriba.

— ¡Ea! ¡Basta ya de coloquio! gritaron algunos hombres del pueblo. ¡A la hoguera! ¡A la hoguera!

— ¿Y mi abuela? preguntó Juana con precipitación al ver que la comitiva se disponía á marchar: ¿y Ralf?

Un ladrillo de alegría contestó á estas palabras: algunos se volvieron y vieron á un gran perro de raza de lobo que corría delante de una anciana venerable, la cual caminaba con paso jadeante y fatigoso.

— ¡Madre mia! ¿A qué habeis venido? exclamó Isabel con angustia.

— ¿Dónde... dónde está Juana? preguntó ella azorada: dicen que está condenada á prision para mientras viva, y yo quiero verla aun una vez antes de que la encierren... ¡Quiero verla... porque soy muy vieja y moriré muy pronto!...

Nadie contestó á estas tristes palabras: solo Ralf sal-

taba en derredor de Juana dando pequeños ladridos de alegría.

— ¡A la hoguera la hereje! repitió la muchedumbre: ¡basta de gritos y de gemidos!

(Se concluirá.)

RECEPCION

DEL CONDE KANOLKI

EN EL HAROMSZEK
(Transilvania).

El 22 de abril por la mañana tuvo lugar en San Gyorgy la recepcion del conde Kalnoky Demx, enviado como conde supremo ó gobernador de la region de Haromszek en la Transilvania. Con este motivo se habian elevado arcos de triunfo, y una cabalgata de seiscientos jinetes, compuesta de los jóvenes nobles de la ciudad y de las cercanías, le salia al encuentro y le servia de escolta hasta su llegada á las casas consistoriales.

Por la noche toda la ciudad se iluminó, y se ejecutó un concierto vocal é instrumental en la plaza en medio de una numerosa muchedumbre, que en los aires nacionales confundia su voz con la de los artistas.

Historia de las modas en Francia desde hace un siglo.

XIII.

LA REVOLUCION DE 1830.

La Francia ha tenido dos buenas ocasiones en 1830 y en 1848 de desembarazarse de su ridiculo traje mas-

culino. Podia hacerlo, y si no lo ha hecho, es que sin duda es muy cómodo llevar trabillas y tirantes, y una corbata que aprieta el pescuezo, y un chaleco que comprime el estómago, y se combina con la corbata para dejar la parte mas sensible de los bronquios sin abrigo contra el frio y los catarros, así como sin duda no hay nada mas bonito que un frac abierto por delante y adornado por detrás con un apéndice caudiforme que arrastramos como las alas de un pájaro muerto, ni nada mas noble en fin y mas glorioso que el sombrero de copa alta, ese cilindro reluciente que corona el edificio humano como un cañon de chimenea termina la techum-

albornoces, que esta mascarada, bastante sucia en verdad, no tenian el atractivo de la novedad. Una cosa descollaba entre todas las rarezas, y era la blusa azul, imponente por la masa compacta de los que llevaban esta vestidura de trabajo adoptada hacia tiempo. Para muchos, no hay que disimularlo, era un disfraz político. Sea como quiera, el frac de cola tampoco murió esta vez. La blusa azul, uniforme del labrador y del artesano, no fué decretada traje nacional por la Asamblea constituyente. Antes de ocuparse del traje del pueblo, los miembros de la Asamblea se ocuparon del suyo; se decretaron unos grandes chalecos blancos de piqué á la

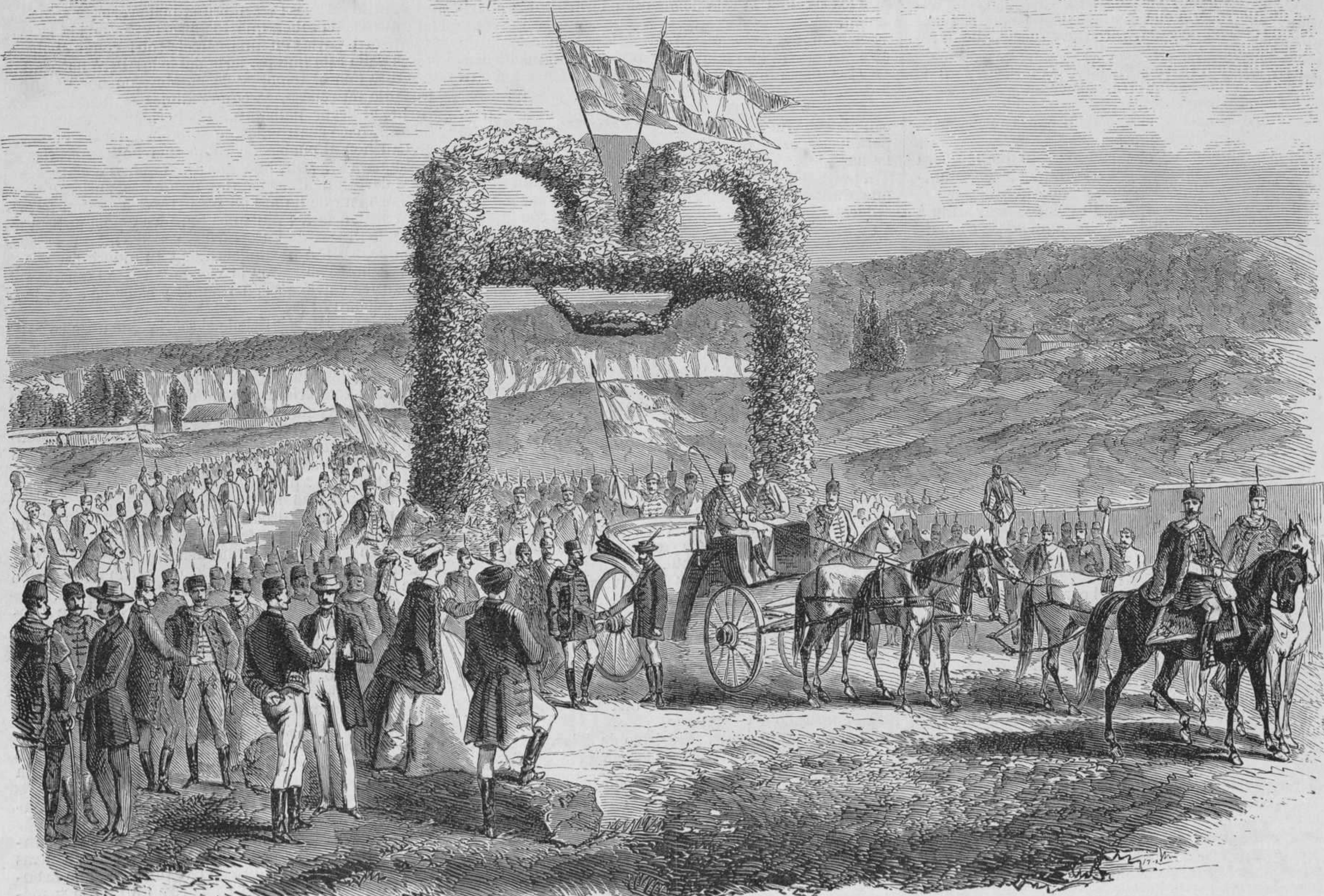
bré de una casa. Guardemos intacta esa preciosa herencia que hemos recibido; y cuando mas, entretengámonos con algunas modificaciones insignificantes que en nada alteren su carácter y pureza.

En 1830 algunos reformistas se pusieron á la obra; los sansimonianos que querian rehacer toda la gerarquía social, extendieron su reforma hasta el traje. Al principio llevaron grandes casacas á sus célebres reuniones de la calle Taitbout; pero dejando en breve este uniforme, adoptaron una especie de túnica y un sombrero chato. Este nuevo traje, por mas que circuló por Paris, se quedó sin prosélitos; le silbaron, y acabó por guarecerse en su último retiro de Menilmontant.

En 1848 los reformistas fueron mas tímidos aun; hacia algunos años que se habian visto tantas tentativas de largas barbas y me-
nas, de sombreros puntiagudos y de alas anchas, de gabanes y de



ALDEANOS DE LA TRANSILVANIA SALUDANDO Á SU PASO EL CONDE KALNOKY.



RECEPCION DEL CONDE KALNOKY, CERCA DE SAN GYORGY, EN EL HAROMSZEK.

entrada en ella eran todas personas maduras y graves, y aunque no ligadas unas á otras ni á la familia de don Antonio por vínculos de parentesco, tenían un no sé qué que les era común y que parecía constituir las en una sociedad aparte, como si profesasen algún orden de ideas distinto del resto de la población, y esta circunstancia las hubiese traído á reunirse y á tratarse exclusivamente, y aun á identificarse hasta cierto punto, hasta en los accidentes exteriores, como dicen que sucede frecuentemente entre marido y mujer, y entre personas que viven por mucho tiempo reunidas.

En el seno de aquella familia reinaba una paz octaviana, algún tanto monótona, y todo marchaba con la regularidad de un mecanismo poco complicado. Todo allí era ranciamiento español, y no se admitían ideas modernas, ni se tenían muchas noticias de lo que pasaba en otras partes. Y á pesar de esto y de la sencillez y diáfandad, por decirlo así, de sus costumbres, y de la franqueza que había en todo, existía en aquella familia algún misterio que yo no lograba descubrir. De cuando en cuando, unas veces con don Bruno, y otras sin él, la familia se retiraba á algún rincón remoto de la casa, en donde en tales casos no era permitido ni posible á nadie penetrar, puesto que los cerrojos se echaban con cuidado escrupuloso, y yo quedaba interinamente abandonado y confiado á la custodia de las criadas. Mas de tarde en tarde, pero periódicamente, se cerraban cuidadosamente las habitaciones interiores. La familia salía de casa y permanecía fuera largas horas. Las criadas, que todo lo averiguan y todo lo cuentan, no habían logrado sin embargo descubrir lo que significaban las encerronas domésticas, si bien la reputación de la familia era demasiado pura para que nadie se atreviese á dárles una malévolas interpretaciones. En cuanto á las salidas periódicas se sabía algo más, pues las criadas, espías incansables de sus amos, los habían seguido hasta averiguar que se reunían con otras tres ó cuatro familias y con don Bruno en casa de un amigo, y se suponía que éstos conciliábulo tenían por objeto acordar la distribución de los metódicos socorros, que como era sabido daba don Antonio á varias familias pobres. Todo esto lo supe involuntariamente por la charla espontánea de las criadas que me acompañaban en estos casos, pues como es de suponer, la delicadeza me prohibía entrar en averiguaciones sobre lo que deseaban tener reservado personas de quien yo estaba recibiendo tan nobles y tan desinteresados beneficios.

No extrañará el lector que uno de los primeros accidentes de mi convalecencia fuese el de enamorarme perdidamente de María. En la edad en que yo me hallaba entonces, toda mujer joven, con tal de que no sea un monstruo horrible, es una divinidad. Y en realidad María, si no lo era física, lo era moralmente. No porque no fuese de presencia agradable y seductora, sino porque sus prendas morales constituían una hermosura ante la cual no podía casi tenerse en cuenta lo demás. La suavidad de sus modales, el cariñoso celo con que me atendía, la prudente habilidad con que sabía acomodar sus conversaciones á mi situación del momento, y por fin, el hábito de tenerla á mi lado, me sedujeron completamente y me inspiraron el deseo ardiente de hacerla la compañera de mi vida, cosa que no vacilé un instante en considerar como de fácil ejecución.

Los requiebros de Andalucía son elemento esencial de la conversación con el sexo femenino, y á nada comprometen. María escuchaba los míos como cosa corriente y natural, y les contestaba con sonrisas ó con bromas. Pero yo, que siempre le he tomado todo por lo serio y que aspiro á que se crea en la sinceridad de lo que digo, me irritaba al ver que estas primeras guerrillas del amor no eran recibidas con las precauciones indispensables en tales casos, y con las hostilidades que para ellos prescribe la verdadera táctica amorosa. Donde no hay resistencia, no cabe lucha, y por consiguiente la victoria es imposible. Mis hostilidades, muy graves y muy serias, se recibían como un simple simulacro, habitual y sin realidad alguna, y por tal camino no se llega al fin que yo me proponía. Enardecido más y más con esto, resolví despejar por completo la situación, y en cuanto, apoyado en mis muletas, pude empezar á recorrer la casa, aproveché una ocasión oportuna, é hice á María una declaración en forma.

La palidez y el rubor que alternativamente cubrieron su rostro, me hicieron comprender que por fin estábamos en terreno firme, y que entrábamos en la verdadera campaña, á cuyo término veía yo el triunfo que había de colmarme de felicidad.

María no me respondió y permaneció largo tiempo con la vista fija en el suelo y con las manos cruzadas.

Yo volví á insistir con toda la enérgica ternura que mis sentimientos me dictaban, é imploré una y otra vez que me diese una respuesta, aunque fuese negativa, aunque fuese la sentencia de muerte de mis más dulces esperanzas.

Por fin María clavó sus ojos en los míos con una mirada que, por natural instinto, pues yo tenía poca experiencia en tales materias, me hizo comprender que, lejos de serle indiferente, le había revelado lo que ella misma no sabía, que había despertado en su corazón sentimientos latentes que se habían estado acumulando desde que penetré en su casa, y que ese corazón, sin saberlo ella, se me había entregado ya. Renunció á describir el deleite íntimo, el gozo inefable que esto produjo en mí; deleite tan monopolizador de todo mi ser, que no se turbó un momento porque María se levantase de repente y saliese con precipitación del cuarto exclamando:

— No hablemos de eso: es imposible; no puede ser.

Reconcentrado en la satisfacción que esta escena había producido en mí, y repasándola y revolviéndola una y otra vez en mi mente, no atribuí gran importancia á estas frases, y las consideré como las primeras y legítimas evoluciones que correspondían al enemigo en la lucha ya seriamente entablada. Pero desde aquel momento María me trató con alguna esquizencia á que yo no estaba acostumbrado. Si bien me hablaba con la misma dulzura de siempre, y me prodigaba los cuidados que me habían salvado la vida, no pude dejar de notar que evitaba en lo posible quedarse sola conmigo; cosa que, si bien me impacientaba, atribuía también á la táctica propia del caso.

Sin embargo un día, á fuerza de maniobras tan complicadas como hábiles, y en que es de temer que no me adherí completamente á la verdad en los pretextos á que apelé para detenerla, al mismo tiempo que alejaba á los importunos, logré quedarme solo con ella, y repetí mi ataque con doble vigor.

La misma escena volvió á repetirse, y María, después de un largo silencio, volvió á insistir en que era imposible.

— Pero ¿en qué consiste esta imposibilidad? pregunté. ¿Se me ha anticipado alguno más feliz que yo y está Vd. comprometida?

María se apresuró á tranquilizarme en esta parte, de una manera que me pareció de felicísimo agüero.

— Pues entonces, ¿en qué consiste la imposibilidad? ¿Consiste en mí? ¿No realizo lo que Vd. espera? ¿No debo abrigar la esperanza de que cuando Vd. me conozca mejor?...?

Una mirada de María interrumpió mi discurso, pero una mirada tan inocentemente dulce, que me consideré á punto de alcanzar la victoria. Mas no bien había llegado á mis labios esta copa embriagadora, cuando cayó por tierra convertida en fragmentos, pues María volvió á declarar que lo que yo deseaba era imposible.

Insistí, rogué, supliqué, amenacé con abrirme mis mal cicatrizadas heridas y acabar con una existencia que me era insostenible, si ella no me revelaba la causa de la imposibilidad, para vencerla á toda costa, para convencerme á lo menos de que era insuperable, y resignarme al fallo de mi triste suerte.

María se agitó y pareció alarmada, y me dijo:

— Poco tiempo hace que nos conocemos, pero en la situación en que Vd. ha estado, pronto se descubren los más íntimos resortes del corazón. Me inspira Vd. plena confianza; estoy segura de que Vd. no faltaría á ella en ningún caso; es necesario que Vd. comprenda la imposibilidad de lograr nuestros... quiero decir, sus deseos; quizás aventuro mi vida, la de todos los míos, pero...

Detúvose, y yo, como si todas mis facultades se hubiesen concentrado en el oído, suspenso en una ansiedad más dolorosa que todas mis heridas físicas, sin aliento, impaciente, esperaba la revelación que iba á resolver mi porvenir, cuando María, como quien hace un esfuerzo penoso, sobrehumano, apartó de mí la vista, y con voz cortada por sollozos incontinentes, exclamó:

— No, no puede ser. Conténtese Vd. con que le asegure que no es posible, y que me parte el corazón el decirlo.

Y marchóse sin mirarme y haciendo inútiles esfuerzos por contener el llanto.

Pronunció estas palabras con acento tan desgarrador, que no me fué posible poner en duda su completa sinceridad, y comprendí que el obstáculo que nos separaba era más difícil de vencer de lo que me había figurado al principio. Quedé anonadado, desesperado, pero más decidido que nunca á conseguir mi objeto; y el fruto de mis meditaciones fué que me convendría buscar aliados fieles que me ayudasen.

Aquella tarde vino don Bruno á montar su guardia, servicio que no había abandonado, á pesar de que mi convalecencia marchaba rápidamente y ya andaba yo con facilidad por toda la casa. Don Bruno estaba de buen humor y empezó á hablarme de los asuntos favoritos con más viveza que la que acostumbraba, sin duda porque notó que yo parecía triste y melancólico. Cuando hizo una pausa para ofrecerme ocasión de responder, desentendiéndome de todo lo que había estado diciendo, inicié bruscamente el asunto que absorbía todas mis ideas, y le revelé mis proyectos, mis esperanzas, las dificultades que había hallado al paso, mi firme resolución de vencerlas, y concluí por rogarle que me favoreciese con todo el apoyo de la influencia que tenía en aquella casa.

El buen humor de don Bruno desapareció al instante. Pasó como una nube sobre su rostro, y lo que antes era alegría, quedó convertido en síntomas evidentes de consternación.

— ¿Y no le ha dicho á Vd. más? preguntó con voz temblorosa y esperando al parecer mi contestación con ansiedad terrible.

— Nada más, repliqué; pero estoy resuelto á poner en claro este misterio, puesto que misterio hay, y saber á lo menos porqué se me condena á perder la felicidad que parecía venirse á las manos.

(Se concluirá)

Revista de la moda.

SUMARIO. — Las carreras de caballos de Chantilly. — Isabel la ramilletera en Epsom. — Divisa de lord Richmond. — Representaciones teatrales en casa de M. de Morny. — Nuevas

telas entrevistas con el antejo de M. Babinet. — La amazona moderna. — Descripción del figurin de este número que representa trajes de verano.

Las carreras de caballos de Chantilly han estado espléndidas, y han suministrado á la elegancia parisiense la ocasión de desplegar ciertos caprichos en los trajes. Se calculan en más de diez mil las personas que han asistido á esta solemnidad del Derby francés. Todos los hombres de la mejor sociedad estaban allí. El conde de Morny, el vizconde P. Daru, el conde F. de Lagrange, el duque de Agen, el príncipe de Sagan, el conde de Hedouville, el marqués de Pommeroy, el príncipe de Chimay, el conde de Choiseul, etc., etc. No se pueden citar todos los altos nombres de Francia, á menos de entrar en competencia con el almanaque Gotha. En cuanto á las señoras, no abundaban menos; las tribunas resplandecían de lujo.

Los trajes de los turfistas no tenían nada de especial: llevaban fracs de montar, fracs á la francesa, jaquetas y levitas. En algunos fracs de montar se veían hermosas botanaduras en armonía con las del chaleco.

Las carreras de Epsom en Inglaterra han sido muy brillantes este año.

La presencia de Isabel, la ramilletera del Jockey-Club de París, ha dejado muy fríos á los ingleses, que apenas han fijado su atención en su traje original ni en su aire de amazona Luis XV. Su viaje ha sido nulo para ella en punto á especulación, pues no ha recogido más de tres libras esterlinas que debe á las liberalidades de un noble personaje, lord Richmond, que tiene por divisa heráldica: «En la rosa yo florezco».

Dawson, el favorecido con el Derby en Epsom, había tomado con su caballo las precauciones más minuciosas. No solo había colocado á su lado á un pugilador de profesión encargado de ahuyentar de allí á toda persona mal intencionada, sino que en el agua que debía beber el animal echaba de antemano peces vivos con el fin de hacer imposible todo envenenamiento.

Después de la carrera del Derby de Epsom el miércoles último se lanzaron más de trescientos palomos en direcciones diferentes con mensajes que anunciaban el resultado.

El conde de Morny se ha despedido de las fiestas de la temporada haciendo representar en su casa las piezas escritas por él bajo el pseudónimo de M. de Saint-Remy.

Una de estas piezas se titula: *Sur la grande route*, y ha sido interpretada por los actores del Teatro Francés.

Su argumento es muy original.

Un joven fatuo persigue á una señora que está de viaje con sus atenciones continuas.

Sabe que está casada, y no ve en este encuentro más que una galantería pasajera que á nada puede comprometerle.

— Pero y si yo fuera libre, dice la dama, ¿me amarías bastante para casaros conmigo?

— Sin duda, exclama el dandy; me casaría inmediatamente.

— Pues bien, dice la viajera, sed dichoso... yo soy libre, y os prometo mi mano... mi mano de solterona, es verdad... pues tengo treinta y dos años.

El galán, confuso con una felicidad que no se esperaba, hace la más triste figura y solo desea una ocasión para poder tocar retrada.

La viajera se rie á su vez del pretendiente imrovisado, cuyos apuros se complace en aumentar haciendo mil proyectos de porvenir que le atormentan sobremedera.

La llegada del marido de la dama arregla por fin el asunto produciendo un cómico desenlace.

La otra pieza, que era una bonita opereta, *M. Choufleuri chez lui*, fué ejecutada por los actores de los Bouffes Parisiens. Pero ¿y la moda? dirán mis lectores, ¿cuándo nos habláis de la moda?

¡Ay! es que sé muy poco; he pedido prestado á M. Babinet su telescopio, y no he descubierto más que el alpaca diagonal y el alpaca de grano grueso, ó dicho de otro modo, el alpaca camelote.

Ahí está todo.

En cuanto á trajes de campo, el blanco tiene pretensiones de elegancia.

El traje de amazona está también á la orden del verano.

Para la amazona moderna no se hace ya el cuerpo justo y estirado que quita toda la gracia femenina; aun el cuerpo más serio, esto es, el que no lleva ninguna fantasía, se hace en forma de caraco; únicamente se vuelve á las faldetas cortas, sin más que el vuelo justo para que no se suban arrugándose. El cuerpo puede abrirse y cerrarse gradualmente, y lleva un cuello pequeño.

La corbata es inútil; el cuello almidonado, liso y ancho, ha sido reemplazado con un cuellito vuelto que puede bordarse en punto de Venecia, y se armoniza con la forma elegante del cuerpo que apenas ajusta. Un encaje ó una banda bordada y festoneada garantiza la pechera del camisolín.

Las mangas se hacen también cortas y muy anchas, de piqué ó de otra tela de verano; debajo tienen mangas bordadas y huecas con un puño mosquetero levantado, lo que hace muy bien con los guantes crispin.

Otras se hacen como las de los hombres, cuando se trata de amazonas de paño ó de otra tela de lana oscura, anchas por arriba y casi justas por abajo sin bocamangas. En fin, en lugar de esa especie de tubo de chimenea que llaman a sombrero de hombre, las señoras prefieren el fieltro redondo andaluz con una pluma tendida, sin cintas. No hay para qué decir que ya no se lleva aquel horrible velo verde ó azul de crespon liso que antes se usaba.

Terminaremos con la descripción del figurin que representa elegantes trajes de cazador.

El primero es todo de capricho.

La pieza principal no es una levita, ni es un paletó, y sin embargo en su corte parece paletó.

Lleva tres costuras, una en medio de la espalda, con una abertura á unos 40 centímetros de altura, y su único adorno es un ribete cosido llano al rededor.

Chaleco y pantalon de dril rayado; — el chaleco de chal con la abertura un poco larga; el pantalon ancho y cuadrado sobre el pié y corto para que no haga arrugas ni forme botin, pues es de mal gusto.

— El traje que sigue es de viaje y de campo, y con él el hombre está á su gusto, sin que por eso falte á la elegancia. Inútil es insistir en los detalles del paletó que forma su prenda principal; es de un tejido negro mezclilla, y está forrado de tela de seda y de lana gris rayada.

El chaleco tiene la forma del chaleco de caza, aunque es algo mas corto; cierra alto como se ve, y los bolsillos están cubiertos con carteras cuadradas.

Pantalon de forma ordinaria, bastante corto porque se lleva con botines.

— El último traje de hombre es todo de tela blanca llamada camelote de hilo blanco. En cuanto se trata de un tejido que se lava, debe hacerse sencillo, y á la verdad nada aquí conviene mejor que esos paletós al gusto del día. — Cortado derecho por detrás, se puede prescindir de la costura del medio de la espalda, lo que hace que el pegado no tenga mas de dos costuras bajo los brazos. Tres ojales en un lado, un bolsillo en el pecho, bolsillos de lado y mangas anchas sin bocamangas.

No hay para qué decir que el chaleco y el pantalon son de la misma tela que la jaqueta; el chaleco muy largo cierra alto y no lleva cuello.

El pantalon, que tiene el corte actual en cuanto á largo y ancho, permite llevar botines y aun zapalos.

Hé aquí en último lugar un joven fashionable provisto de un pequeño paletó derecho, muy corto y cuyo delantero cierra alto con un pequeño chal redondo. Las mangas son anchas y tienen la misma cinta que ribetea toda la prenda, cosida á la altura de las bocamangas. Lleva un bolsillo en el pecho y otro á cada lado bajo los brazos.

El chaleco está cortado para abotonarse al cuello; sin em-

bargo, se abre un poco si se quiere, formando una pequeña solapa.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.



MONSEÑOR DE MAZENOD, OBISPO DE MARSELLA.

Monseñor de Mazenod,

OBISPO DE MARSELLA.

Monseñor Mazenod, que acaba de morir obispo de Marsella, nació en Aix, en la Provenza, el 1º de agosto de 1782, de una antigua familia de foro. Entró en las órdenes en 1811, dirigió dos años el seminario de San Sulpicio, y luego fué á fundar en su pueblo natal una congregacion de misioneros, que cuenta actualmente mas de diez sucursales.

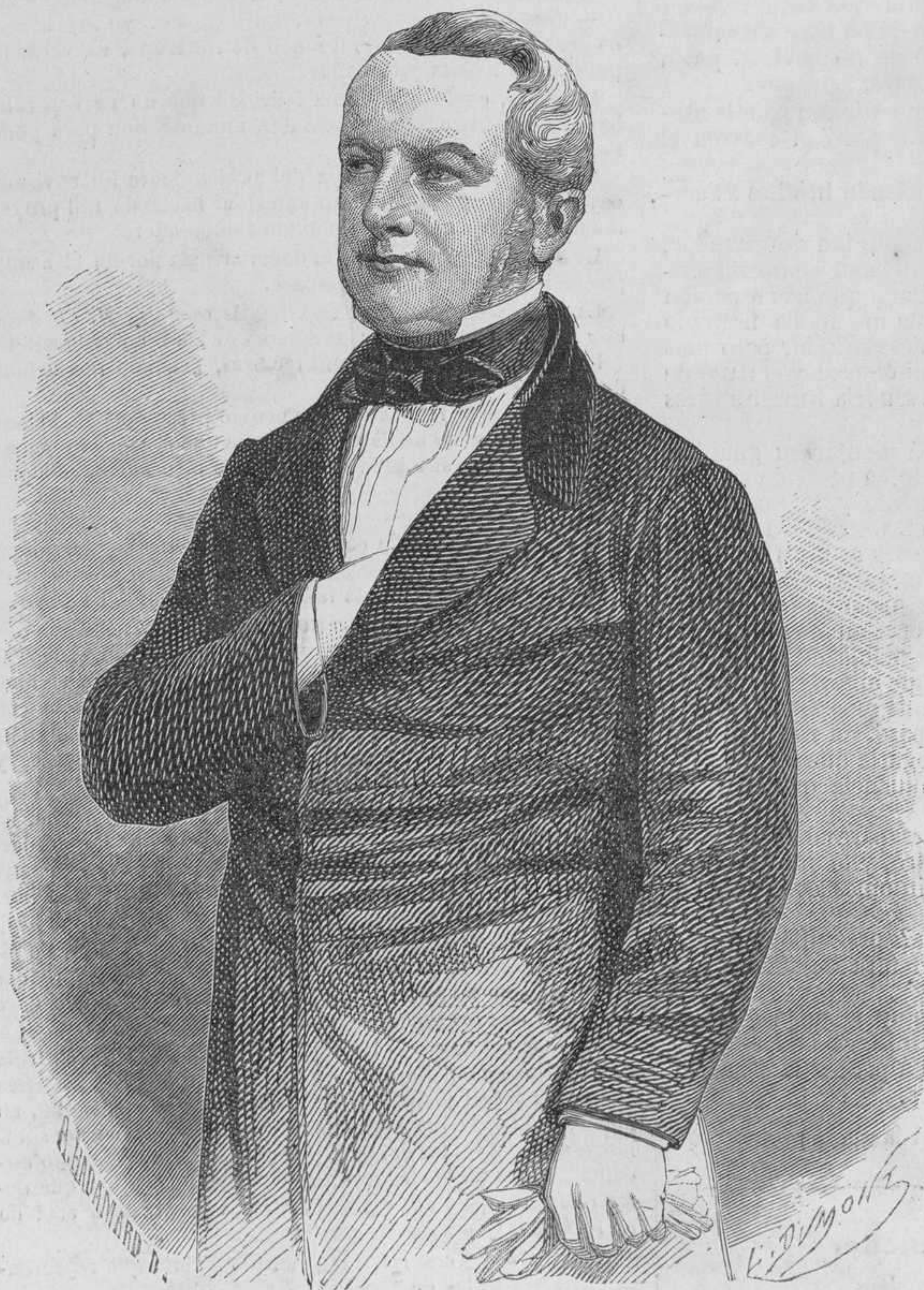
Nombrado vicario mayor del obispo de Marsella, su tio, fué en 1832 consagrado obispo *in partibus* de Icosia por el papa Gregorio XVI, sin autorizacion del gobierno. A consecuencia de esta violacion de la ley, fué amenazado de ser privado de sus derechos de ciudadano y destituido de sus funciones. La contienda duró un año, y se terminó gracias á la intervencion del mismo Luis Felipe, ante el cual monseñor de Mazenod prestó juramento.

Nombrado obispo de Marsella en 1839, ocupó este puesto hasta su fallecimiento.

Monseñor de Mazenod era senador del 12 de junio de 1856, y oficial de la Legion de Honor. H. C.

El príncipe de Aueszperg y el baron de Vay.

Damos en esta página los retratos del príncipe de Aueszperg, presidente de la Cámara de los señores en Austria, y del señor baron de Vay, canciller de Hungría. Carecemos completamente de pormenores biográficos sobre este último. En cuanto al príncipe de Aueszperg, nacido en 1814, sucedió á su padre en 1827, como poseedor del ducado de Gottschea en Carniole, conde príncipe de Wels y gran mariscal hereditario de Carniole y de Windischmark. También es consejero íntimo del emperador de Austria, y gran chambelan hereditario. E. T.



EL PRINCIPE DE AUESZPERG, presidente de la Cámara de los señores en Austrí.



EL BARON DE VAY, canciller de Hungría.